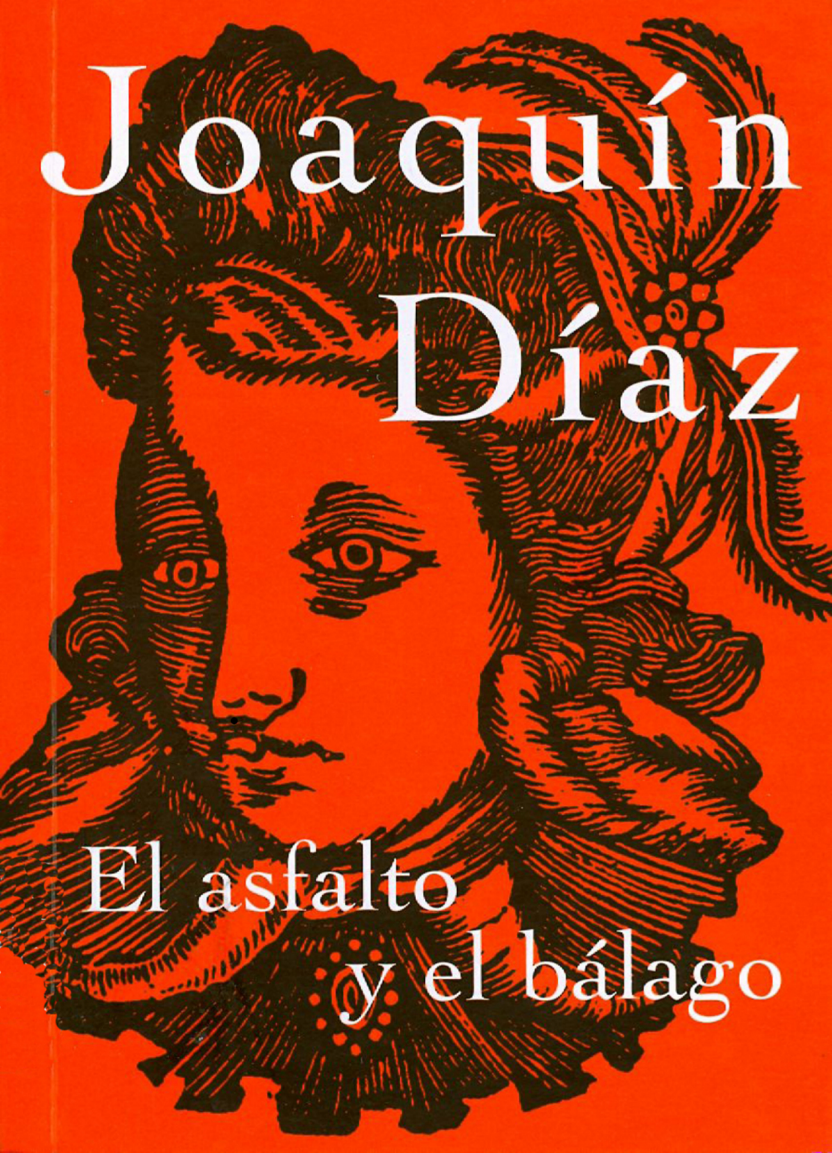
# Joaquín Díaz



# El asfalto y el bálago

# El asfalto y el bálago

**Joaquín Díaz**

# El asfalto y el bálago

# Prólogo

Mi vida, que ha transcurrido manriqueñamente por un cauce al que las circunstancias y accidentes fueron haciendo más o menos abrupto, tuvo siempre la cualidad de permitir que la mirada se posara alternativamente en cualquiera de las dos orillas de ese lecho. La curiosidad y el interés por los paisajes -urbanos y rurales- acrecentaron la fascinación que los nuevos panoramas iban ejerciendo en mi interior, aunque la voluntad y el sentimiento me inclinaran más hacia lo rústico, pues no en vano fui engendrado en el medio rural, donde la masa de la sangre familiar se formó y alimentó durante siglos.

Este libro es el resultado de esas miradas o, mejor dicho, de las reflexiones que esas miradas suscitaron. Creo que el hecho de carecer de

intensidad y de duración le da a esos atisbos una ligereza y una jovialidad que facilitan la lectura. Pese a haber sido concebidos con un sentido periodístico, estos artículos tienen sin embargo una coherencia y un argumento: son el resultado de aquella contemplación dual que nos ayuda a entender la existencia en términos orográficos, con montañas y valles, páramos y llanuras. La ciudad -el asfalto- y el campo -el bálago- son, de ese modo, los paraderos más o menos temporales de cuya realidad trato de extraer virtudes y defectos que finalmente atañen al ser humano. No pretendo que unas simples cavilaciones se transformen en juicios. Al lector le corresponderá añadir sus propias consideraciones que serán, sin duda, más consistentes y sensatas que las mías.

# Índice

## El asfalto

-La Iberia comunica . . . . . .11
-La voz y el eco . . . . . .13
.Para todos los públicos . . .18
-Los invasores . . . . . .19
-Irreductible utopía . . . . . .22
-El infierno está aquí . . . . .24
-Gestos . . . . . .26
-Orates . . . . . .28
-El valle de las aguas . . . . .31
-Canonarcas y cofrades . . .33
-Pasión musical . . . . . .36
-La noche de San Juan . . .38
-Los herejes . . . . . .39
-Valor facial . . . . . .43
-Recuerdos del tiempo viejo .45
-Fantasmas en Roma . . . . .47

## El bálago

-Magisterio de la memoria .53
-El valor de lo nuestro . . . .54
-Buenas pécoras . . . . . .56
-El viaje . . . . . .60
-Los Ancares leoneses . . . .61
-El brazo de Matías . . . . . .66
-El pozo Airón . . . . . .69
-El Cid en los romances . . .73
-Triste España . . . . . .77
-Los hijos del emperador Carlos
en el valle del Bajoz . . . . . .80
-Palomitas . . . . . .83
-Con K de kilo . . . . . .84
-Los huevos . . . . . .86
-El reloj del abuelo . . . . . .89
-El espejo . . . . . .91
-La confesión de Lázaro . . .93

# EL ASFALTO

## La iberia comunica

Cuentan las crónicas postdiluvianas que un nieto de Noé llamado Túbal, seguramente influído por la afición náutica de su abuelo o queriendo tal vez aventajarle en horas de navegación, se embarcó con su familia y pertenencias en un bajel, atravesando el mar hasta llegar -un atardecer de Dios sabe qué año- a una tierra fértil y hermosa en cuyas orillas encontraron a un joven. Tras haberse comunicado con él sin dificultad, observaron que la estrella que les había guiado hasta allí, llamada Speria, desaparecía por el poniente, así que, después de un breve consejo familiar, decidieron llamar de este modo al territorio en el que acababan de desembarcar. Años más tarde un hijo de Túbal, Ibero, dio su nombre a la tierra conquistada llamándola Iberia, denominación que sólo duró hasta que el hijo de éste, Hispán, tuvo el capricho de convertirse en el primer rey del país, contribuyendo de ese modo a que tal pedazo de terreno se llamara España hasta tiempos recientes en que lo hemos venido a rebautizar como Estado Español.

A lo que iba; si damos crédito a los primeros cronicones ibéricos, hubo entre el aborigen y los pobladores recién arribados una gran facilidad de comunicación, virtud que hemos heredado y aun acrecentado en los últimos tiempos con los teléfonos portátiles. Pondré dos ejemplos todavía calentitos. En un viaje a Lisboa hace pocas fechas

encontré a los lusitanos entusiasmados con el nuevo juguete; las dificultades que hace unos años podía tener un portugués para comunicarse telefónicamente con otro -dificultades de las que se hacían eco hasta las guías turísticas- han desaparecido como por ensalmo. Así, hoy día, el móvil es prácticamente una prenda más de la indumentaria portuguesa, de modo que desde los inocentes rapaces hasta los venerables ancianos (coloniales o no) llevan y utilizan de forma insaciable tan cómodo y diminuto artefacto. El fútbol, los toros, los espectáculos, los restaurantes, los bares, las cafeterías, los vestíbulos de los hoteles, las aulas, los museos, son, entre otros lugares, testigos de la calentura comunicativa.

Todavía impresionado por semejante aluvión que, de verdad, intimida, llegué a Madrid para asistir a unos "Encuentros de Autor", organizados por la Sociedad General de Autores de España para poner en común los problemas de este colectivo que agrupa a miles de artistas, músicos y escritores. Lo que vi y oí sobrepasa todo lo imaginable: durante las sesiones y ponencias del congreso no dejaron de sonar, con intervalos cada vez más amenazadores, las llamadas perentorias a los propietarios de estos teléfonos quienes, no sólo no se avergonzaban de haberlos dejado conectados durante el acto sino que una vez abierta la comunicación los seguían utilizando en la propia sala sin tener ningún tipo de piedad con los sufridos conveci-

nos. Las agresiones continuaron a la noche en una recepción que tuvo lugar en el Teatro Real para presentar en público la Fundación Autor.

Digo con el poeta que "me volví para mi casa / más desconsolado que iba", tratando de explicarme el fenómeno. Tal vez queramos compensar lo poco que pensamos con lo mucho que queremos decir, pero el caso es que al habernos olvidado de lo antiguo y no haber aprendido todavía lo nuevo, estamos como esos infantes mocosos que berrean constantemente pero no dicen nada inteligible o de interés; acaso nos veamos obligados a hablar para combatir la soledad que vamos a sentir en cuanto deje de alimentarnos a sus pechos la ubérrima Europa. Qué sé yo... De momento, lo único que tengo seguro es que la antigua Speria, luego Iberia, y más tarde España, está ocupada: está comunicando.

## La voz y el eco

Algunos autores atribuyen a Platón la teoría según la cual la democracia entró en Grecia cuando se permitió a los ciudadanos opinar sobre las composiciones interpretadas en los conciliábulos musicales. El mismo Platón, efectivamente, había hablado en su obra Las Leyes de la influencia que el arte musical podía llegar a ejercer sobre las personas y sobre la política, al condicionar el compor-

tamiento y los afectos del individuo. Sin duda conocía el filósofo el partido que, en el terreno práctico, le había sacado a una de las leyes musicales -la acústica- su coetáneo Dionisio de Siracusa, el célebre tirano que inventó un artefacto por medio de cuyos tubos era capaz de escuchar todo cuanto decían desde la cárcel sus prisioneros. Esa "oreja de Dionisio" -que así se bautizó en la época el invento- inspiró siglos más tarde a varios creadores un uso más social y menos inhumano de las propiedades de difusión del sonido merced a aparatos que lo transportaban desde el lugar en el que se originaba hasta la oreja humana, aunque ésta estuviese verdaderamente distante.

Uno de los más conspicuos sabios del siglo XVII, el jesuita Atanasius Kircher, inventó el "echotectonicum machinamentum", raro espía fonocámptico que incluyó –con grabado y todo- en el segundo tomo, folio 303 de su obra Musurgia Universalis. No podríamos encontrar un precedente más similar para el popular perrito de la Voz de su amo: Un cono retorcido o "cochleantum", lleva los sonidos y voces desde una concurrida plaza hasta los solitarios salones de un político absolutista que escucha en jarras como preguntándose ¿Será posible lo que oigo?

Eso mismo parecían preguntarse muchos españoles cuando en 1865 -años antes de la invención del fonógrafo- vieron que se exponía en muchas capitales españolas -en Valladolid estuvo concretamente en la calle Orates- una

caja misteriosa que producía voz humana y contestaba a preguntas. Aunque su presencia en nuestra ciudad coincidiese con las ferias, debemos suponer que si estaba en ellas fuese más por el espectáculo que representaba ver hablar a una caja que por la falta de seriedad de su inventor. Casi dos años antes se había divulgado la noticia de que un profesor de Carabanchel había inventado un instrumento, al que llamaba Tecnofón, que imitaba con perfección todos los sonidos de la voz humana. Por medio de un sistema de teclas en el que estaban representadas las letras del alfabeto y hallándose ese teclado conectado a un montón de fuelles, tubos y conductos que acababan en una boca, una garganta y unos labios artificiales, el ingenioso profesor había cumplido una de las máximas aspiraciones del ser humano, que fue desde siempre la de reproducir facsimilarmente su propia voz. Y esto no solamente por la curiosidad de escucharse o de escuchar a otros, sino por la posibilidad de repetir varias veces lo que se habría registrado previamente.

Los lingüistas y fonetistas se habían percatado ya en el siglo XIX -ese siglo de los inventos científicos y de la obsesión por las patentes- de que el sistema de signos diacríticos de Jespersen o las aportaciones a la transcripción escrita de Fourmestraux, no eran ni exactas ni suficientes.

El primer paso hacia el tan deseado descubrimiento ya lo había dado en 1857 Edouard Leon Scott cuando

presentó en la Academia de Ciencias de Paris un proyecto conteniendo los principios del Fonoautógrafo. Sin embargo el avance definitivo lo dieron, por separado, Charles Cros y Thomas Edison cuando en 1877 registraron los sistemas capaces de grabar -lateral o verticalmente- y, lo que es más importante, de reproducir exactamente lo grabado. A partir de ese instante y una vez superado el período casi infantil de las meras curiosidades (muñecas parlantes de Edison y Berliner, aparatos con funcionamiento de relojes, etc.) algunos inventores y algunas compañías emprendieron juntos la impresionante y arrolladora carrera en la que todavía estamos empeñados. Será ya en el siglo XX cuando veamos los primeros detalles y anécdotas de la nueva era fónica: por ejemplo, grabar la primera ópera completa -Hernani- o reclamar el primer artista -Tamagno- los derechos por discos vendidos.

Quedaba así abierta la posibilidad -creada y perfeccionada en sucesivas evoluciones- no sólo de grabar y reproducir la voz o cualquier instrumento, sino de almacenar y archivar todo ese material. Si el patrimonio se crea a partir de lo que uno recibe en herencia o donación de los padres y antepasados, la humanidad se enfrentaba a un extraordinario hecho -la invención y perfeccionamiento de grabadores y reproductores de sonido- que iba a generar un nuevo apartado patrimonial: el apartado fonográfico.

Y es así como, en diferentes tipos de soporte (rodillos primero y discos de baquelita -de goma laca- o de polivinilo después) va surgiendo paulatinamente una industria -esa que acabará en los discos de grabación y lectura digital- cuyo repertorio básico ha posibilitado tanto la simple diversión o el mero entretenimiento como el enriquecimiento artístico o el estudio. Todos conocemos hoy además, la posibilidad de acceder a cualquiera de esos materiales, por lejano que se halle, mediante ese arcano insondable que es Internet.

Recientemente, una gran compañía discográfica de implantación internacional me propuso reunir en una grabación antológica todas las canciones de los años 1960 y 1970 que me parecieran dignas de figurar, por intérprete o por tema, en ese catálogo de recuerdos musicales confeccionado por quienes vivimos, todavía jóvenes, aquellos esperanzadores años. No sé si es la edad o la madurez que me hace más consciente, pero me costó terminar la dichosa caja más que cualquiera de las peores tareas que me hubiesen encomendado en la vida. ¿Es esto la Historia? ¿Me toca hacer de cronista para ayudar a quienes vengan después a comprender un período de tiempo, siquiera desde el punto de vista musical? ¿O se trata sólo de esa posibilidad, negada a tanta gente, de complacerse en el recuerdo, en el eco de lo vivido? Cada vez comprendo mejor al príncipe Hamlet.

## Para todos los públicos

Por lo que parece, la venta de folletos de 16 páginas y pequeño formato (10 x 15 cms., generalmente) conteniendo los argumentos y cantables de óperas, zarzuelas, comedias, juguetes líricos y sainetes, constituyó un negocio para quienes tuvieron la vocación y la constancia de llevarlo a término. El proceso, esencialmente, era el siguiente: Una obra de teatro -una vez obtenido el refrendo del público- era "reducida" a unas líneas en prosa, salpicadas de vez en cuando con los números musicales de más éxito. Ese texto "arreglado" se mandaba imprimir y, o bien se vendía en los puestos estables de periódicos y en los quioscos, o bien se pregonaba y cantaba en calles, mercados, cafés, salones y teatros de pequeñas localidades por alguien especializado. Fue famoso en ese oficio durante décadas Julián Iriarte Lorea, navarro de origen y falto de un brazo, quien recorrió España entera desde 1880 hasta los primeros años del siglo XX, llevando para cantar y vender más de doscientos argumentos distintos de ese repertorio. El público -y en especial los aficionados al Arte de Talía o a las obras musicales-, finalmente compraba esos libritos o se suscribía a ellos para recibir cómodamente en su domicilio la colección completa.

Celestino González, dueño sucesivamente de los quioscos de la Plaza Mayor y de la Fuente Dorada en Valladolid, llegó a ofrecer a su clientela distribuida por

toda la Península más de quinientos títulos de cuyas transcripciones y reducciones fue autor. Otros adaptadores, como José Aranda y Acisclo Gil en Madrid, también cumplieron el mismo papel, dejando clara en primera página su autoría y mencionando el recurso a la Justicia en el caso de que no se respetara su derecho o se plagiase su trabajo.

A esa forma de difusión del repertorio lírico y dramático contribuyeron en gran medida algunas imprentas de Valladolid como la de Eduardo Sáenz, la de Julián Torés situada en la calle Sierpe 16, Montero (en la Acera 4 y 6), la Imprenta Castellana, el establecimiento tipográfico de "La Libertad", Ruiz Zurro y Lozano (Cascajares 3) y hasta Santarén. Sin embargo, quienes distribuyeron por toda España los argumentos de Celestino González fueron sus Corresponsales, quiosqueros como él, que desde Valencia (José Gallego), Sevilla (Rafael Virtudes), Coruña (Lino Pérez), Bilbao (Esteban García), Gijón (Juan Folguera) y Barcelona (Jaime Llach), repartieron a los cuatro vientos un trabajo tan meritorio como poco conocido.

## Los invasores

Un amigo leonés -lo cual quiere decir, traducido al lenguaje peninsular, un amigo irreductible en su cultura- soporta estupefacto la decisión de su hijo de ser rockero.

De nada le valen súplicas, sobornos, árboles genealógicos exhumados a destiempo, alusiones a la herencia y no sé cuántos más recursos y amenazas. Tal vez el chico haya dejado de ser leonés en la forma, pero en el carácter -algo que a lo mejor no valora suficientemente mi amigo- sigue tan indómito como lo fueron sus antepasados y, definitivamente, se dedicará al rock.

Del estudio y atenta observación de la Historia deduzco que, con periodicidad cíclica, se hacen necesarias invasiones que acaben con culturas decrépitas e inyecten sangre nueva y belicosa en las venas, paradójicamente esclerosadas por el refinamiento, de las viejas civilizaciones. Estas invasiones respondieron, hasta hoy, a un modelo -seguramente diseñado por antiguos estrategas- que llevaba implícitos determinados e invariables requisitos: preparación del plan, desplazamiento del ejército e impedimenta hasta los límites de la tierra a conquistar, irrupción violenta, aniquilación de la resistencia activa, imposición forzosa de nuevas normativas acordes con la idiosincrasia y tradición jurídica de los vencedores, etc, etc. Para qué continuar; por activa y por pasiva conocemos el proceso y sus resultados.

Nuestros días, sin embargo, nos han traído una novedosa y sofisticada forma de invasión. Su procedencia está clara pero no así sus tácticas; sin una actividad bélica, sin violencia, sin aparente barbarie, ha entrado en nues-

tras vidas atacando dos puntos neurálgicos y vitales: nuestras ansiedades y nuestra curiosidad. En vez de agredir con bombardas que arrojen toscos bolaños hostiga hasta la seducción con fantásticos productos que hacen desaparecer el ansia y la incertidumbre; ataca con maravillosos artículos que calman la sed, mitigan la impaciencia o nos hacen sentirnos solitarios soberanos de mundos imaginarios enlazados por cables o por ondas, que penetran sin atropello hasta el reducto más íntimo del hogar y del alma. La victoria es patente y el método admirable pues se ha producido sin derramar una gota de sangre (al menos en estos lares y en estas circunstancias). Se ha conquistado nuestra voluntad y se ha reducido cualquier tipo de discrepancia pues todos estábamos convencidos de antemano de la necesidad de ser invadidos; seguros de la oportunidad de cambiar nuestros viejos hábitos por útiles y beneficiosos géneros con deslumbradores resultados; necesitados de una nueva lengua -mediata y secundaria pero imprescindible- que nos permitiera comunicarnos sin decir nada profundo ni problemático ni controvertible; persuadidos, en fin, de que no hay nada tan sagrado en esta vida que no se pueda estampar en el pectoral de una camiseta, ni ningún himno o marcha con ritmo tan obstinado que no pueda pasar, con leves retoques, a formar parte de esa otra "marcha" que es la que, hoy por hoy, verdaderamente crea adeptos.

Ya está el caballo de Ulises dentro de Troya; sólo nos queda por saber quién viene dentro.

## Irreductible utopía

Si debemos a Tomás Moro la invención del vocablo utopía, hay muchas más dudas sobre cómo se gestó el significado y quién decidió la aplicación adecuada de la palabra. Moro llamaba así a un país, situado precisamente en el espacio que ocupó la desaparecida Atlántida, donde todas las propiedades eran colectivas y existía el matrimonio a prueba o la eutanasia, entre otras posibilidades razonables. Sin embargo creo que el espíritu de Moro al crear la palabra fue más allá de aquellas soluciones más o menos sensatas o de un desideratum como forma de gobierno. De hecho, el término se puede traducir tanto en el sentido mencionado -"lugar que no existe" (porque es demasiado ideal, probablemente)-, como en el de "algo que sólo tiene espacio en la mente humana" (es decir, no susceptible de ser colocado en un lugar físico). En ambos casos, la idea tiene gran fuerza y representa todo aquello que la humanidad es capaz de pensar o crear con el espíritu, aunque la realidad lo limite o tergiverse posteriormente.

El siglo XX y los inicios del XXI se han visto seducidos muchas veces por la idea de poner en práctica las

utopías. Lenin, Hitler, Mao, Jomeini o Castro son algunos de los personajes que imaginaron personalmente mejoras para sus pueblos, sus sociedades o sus correligionarios y sucumbieron a la tentación de hacerlas realidad para todos. Ya estamos en condiciones de juzgar los resultados de tales actuaciones. Cuando la defensa de un modelo único de religión, de nación o de raza, parece que exige eliminar por la fuerza todos los demás posibles, pierden entonces esas nobles ideas sus más elevadas propiedades porque, en nombre de algo aparentemente sagrado o venerable, se obliga al ser humano a luchar contra sus semejantes o matarlos, disfrazando un delito con el alto ropaje de argumentos más dignos.

El rey Enrique VIII quiso localizar la utopía de Tomás Moro en la cabeza de su antiguo canciller y le decapitó, pero se equivocó el Tudor al igual que lo hacen todos los que quieren reducir la grandeza del espíritu humano a un resultado material. Sólo cuando lo potencial se convierte en realidad nos damos cuenta de la pobreza de la palabra con respecto a la idea; de la innecesaria nitidez de la imagen frente a la riqueza de matices de la imaginación. Parece que una maldición ha condenado al individuo al eterno castigo de querer plasmar en realidades los sueños, esa parte tan hermosa y profunda de su personalidad.

## El infierno está aquí

Los amantes del Humanismo, tanto los de la antigüedad griega o latina como sus continuadores del Renacimiento, solían representar al silencio -conocedores del valor y la fuerza de los símbolos- como un joven en ademán de llevarse el dedo a la boca invitando al mutismo. El sabio escritor bolonés Aquiles Bocchi, en un tratado sobre símbolos universales publicado en 1555, lo hace grabar de esta guisa, añadiendo de fondo unas ciudades para dar a entender que sólo lejos de ellas era posible aislarse del ruido o de las conversaciones excesivas. Porque hay que decir que los antiguos creían firmemente que el peor enemigo del silencio era la lengua y su uso descomedido, y por eso mismo dibujaban un albérchigo -con sus hojas en forma de lengua- como alegoría de la insonoridad. El por qué era un joven el encargado de obligar a todos a callar con su actitud, parece deberse a la convicción que tenían nuestros antepasados de que la juventud debía ser un período de reflexión interior para poder llegar a la madurez con algo que decir.

Estos días he tenido ocasión de comprobar que todo lo que hubiesen pensado o discurrido nuestros abuelos nos resbala y nos quedamos tan frescos. Ya hace años quise sugerir en un escrito (que se hace más vigente y palmario con el paso del tiempo) que nuestra sociedad -y su más conspicuo representante, el individuo- tiene miedo del

silencio porque nos permitiría pensar, y ese pecado no tiene perdón; ni existe cernada que lo blanquee ni antídoto o triaca que lo remedie...

A lo que voy: he salido varios días seguidos de la paz del páramo de los Torozos en la que sobrevivo y he utilizado para desplazarme distintos vehículos de transporte público: en todos ellos he observado una auténtica obsesión por "entretener" al viajero con reclamos sonoros -cintas, radio, videos- que le impidan dormirse o simplemente abstraerse. La consigna es: "el ruido por encima de todo". La substancia de la vida parece exigir ese continuo en el que no hay más límites que el nacimiento o la muerte. Hasta la música, cuyos tratados contemplaban el silencio y lo representaban en notación, recomendando su uso para evitar la fatiga del sonido constante-, hasta la música, digo, ha sucumbido al canto de sirenas favorito de nuestra realidad cotidiana. El ruido del motor del autobús y de su calefacción hacen prácticamente inaudible cualquiera de las melodías que la radio transmite y sólo una claqueta rítmica, como acelerado pulso que altera el lago de nuestro corazón, nos recuerda que estamos vivos y no en el infierno de Dante, donde "un cuerno estrepitoso hiciera débil cualquier otro ruido".

Naturalmente, la tortura no termina al descender del autobús: los altavoces de la estación transmiten música de fondo veinticuatro horas sólo interrumpida de vez en

vez por un anuncio metálico que recuerda salidas y entradas de vehículos, y si uno pretende refugiarse en la calle, allí están las bocinas, compresores, excavadoras, alarmas, sirenas (las de las furgonetas urgentes, no las de Ulises, claro) y todas las demás cosas que en un "et caetera" ensordecedor nos arrojan al negro recinto de una vida que el bueno de Alighieri ni siquiera hubiese imaginado en la peor de sus pesadillas: Lasciate ogni speranza voi che entrate.

## Gestos

A estas alturas del siglo XXI y recién estrenado un nuevo milenio, bien puede decirse que los medios de comunicación con los que cuenta la humanidad han creado, fundamentalmente en los paises más desarrollados técnicamente, nuevos modelos de vida cuyo alcance y repercusión todavía no percibimos cabalmente. La televisión ha servido para transmitir sucesos e imágenes, llevándolas desde el lugar donde se producía la noticia hasta el hogar más recóndito para dar una información directa e instantánea de los hechos. Algunos programas de los denominados culturales -bien es verdad que pocos- han permitido imaginar lo que podría ser un medio, en sí mismo positivo, si se utilizara correctamente. A cambio de todo ello la televisión ha acabado con una costumbre secular, de enorme importancia para el individuo y la sociedad. Me refiero al

hábito de la conversación colectiva que solía agrupar a miembros de una misma familia pertenecientes a varias generaciones o a grupos de vecinos que intercambiaban conocimientos y experiencias.

La comunicación personal -"solitaria", podría llamársele- que han impuesto primero la televisión y más recientemente los medios informáticos puede acabar, además de con la capacidad de conversación -ese intercambio humano de opiniones- a que me refería, con la práctica del gesto, adquirida por el individuo a través de miles de años y convertida en un lenguaje de común entendimiento. Todavía hoy se podrían comunicar sin necesidad de mediar palabra alguna los ganaderos de Cantabria con otros de Morvan o de Baviera para hacer un trato de compra o venta de animales. Los códigos, conservados y perfeccionados a lo largo de los siglos, les permiten transmitir su asentimiento o desaprobación con simples palmadas que se van dando en las manos hasta que se cierra la operación y un apretón de manos viene a sellar un convenio que no se puede incumplir sin grave riesgo de perder la honorabilidad.

En cualquier caso, a la disminución del placer por practicar la escritura a mano vendría a sumarse la ineptitud para la conversación directa, con palabra o sin ella, entre los individuos de una comunidad, cada vez más aislados en sí mismos y en sus especialidades. Los próximos

años pueden presentarnos el reto de saber preservar prácticas que permitan al individuo intercambiar cara a cara, mediando la voz o el gesto, sus ideas.

## Orates

Los locos son esos personajes maravillosos que vienen a recordarnos de vez en cuando que la vida no es tan aburrida ni tan ficticia como se piensa de ella. Entre mis recuerdos de figuras perturbadas sobresale -no sé si por ser una de las primeras que almacenó mi memoria o porque tenía que ver con la música- el inefable "Garibaldi", afortunado poseedor de un clarinete con el que hacía las delicias de los niños de diferentes barrios de Valladolid. Como flautista de Hamelin reciclado, Garibaldi nos atraía -sus barbas, su seriedad, su melodía- y como pequeños mures formábamos una comitiva cívica e infantil que le seguía devotamente en su deambular. Era tal nuestra fidelidad hacia su tonada, que me imagino le hubiésemos acompañado hasta las alcantarillas si ese hubiese sido su propósito. Afortunadamente todo quedaba en un paseo divertido a los sones de su único repertorio que ejecutaba una y otra vez excepto cuando, posiblemente cansado de soplar o receloso de que su auditorio no hubiese identificado plenamente el título de su canción favorita, empezaba a vocear con todas sus fuerzas:

Que le quiten el tapón
que le quiten el tapón
que le quiten el tapón
al botellón al botellón...

y tras un aplauso espontáneo de sus seguidores volvía al clarinete.

De entre mis escasas e infantiles evocaciones zamoranas conservo al personaje de César, hijo de militar, quien se había obsesionado con dos actividades, ambas muy castrenses, que consistían en unos triunfales paseos a caballo y en querer ser saludado militarmente por todos los individuos uniformados que pasasen por su lado, ya fuesen simples turutas ya sencillos y pacíficos empleados del servicio de limpieza que por aquel entonces usaban gorra de plato. Su peor "batalla", que posiblemente agravó su delirio o por primera vez le hizo padecer el sentido del ridículo, sobrevino un mal día en que, exaltado por la visión de una bella joven zamorana, quiso mostrarle lo mejor de su arte ecuestre. Por desgracia la helada nocturna había dejado secuelas sobre el pavimento empedrado, de manera que caballo y caballero vinieron a penetrar, muy en contra de su voluntad y después de unas piruetas absurdas, en uno de los retretes públicos que, afortunadamente, se hallaba en aquel momento abierto y sin usuario.

El vocabulario de este tipo de individuos siempre me ha sorprendido. Su mente produce, tanto verdades incontestables como un confuso centón de palabrejas sin sentido que bien podrían trastornar a un meticuloso filólogo. Un personaje vallisoletano recorría hasta hace bien poco las calles de la ciudad hablando sin parar en un lenguaje ininteligible en el que introducía, de vez en cuando y por sorpresa, frases como "Galerías Preciados" o "Veinte mil pesetas en pesetas", expresión que yo mismo le escuché pronunciar en la ventanilla de un banco poniendo en evidentes apuros a quien sólo pretendía atenderle amablemente. Su actuación más espectacular, sin embargo, fue la que llevó a cabo de pie en el banzo de entrada a los antiguos almacenes Olmedo hablando durante más de una hora a una familia de extranjeros -los padres y dos niños- que se había sentado en torno suyo para seguir la lección magistral con más comodidad. A ratos, el padre de familia consultaba un diccionario, pretendiendo, supongo que inútilmente, seguir el hilo argumental. Cuando me disponía a abandonar el pelotón de curiosos que se había reunido en torno a la escena me vinieron a la memoria las palabras del cura del cuento : "Orates frates, no hagan ustedes caso de disparates", pero un prudente juicio interior me dispensó de expresar en voz alta la ocurrencia.

## El valle de las aguas

Como Mesopotamia castellana, Valladolid se mira en las aguas de sus dos ríos. Se mira, pero no se ve, tan turbias y agitadas vienen en los últimos años. Las crecidas son como las enfermedades: se padecen y se olvidan hasta que nos asustan de nuevo. Lo malo es que la dolencia de la ciudad suele ser doble: Esgueva y Pisuerga crecen y se desbordan como una romántica pareja de enamorados cantando la misma partitura. Una de las crecidas más abundosas, la de 1636, se recuerda porque el agua del Pisuerga, como un espectador más, llegó hasta las puertas del Teatro; por el otro lado, la Esgueva se volvió loca y se metió en el hospital de Orates... Francisco Ruiz Valdivieso, impresor de la Plazuela Vieja lo estampó y Matías Sangrador lo contó luego en su Historia de Valladolid, anotando que las monjas de Santa Teresa quisieron dejar el recuerdo en piedra con la inscripción "Aquí llegó Pisuerga a 4 de febrero de 1636. Alabado sea el Santísimo Sacramento" . Otro historiador de lo cotidiano, Ventura Pérez, recogió en su diario la avenida del año 1739 en que los dos ríos volvieron a celebrar solemnes y accidentadas nupcias, saltando el Pisuerga por encima del Puente Mayor y alcanzando la Esgueva el sagrario de la Iglesia de la Cruz. Sangrador escribe -las adversidades descubren a los héroes- que un mozo de las Tenerías, pese al peligro que ofrecía cruzar el río en una barquichuela,

atravesó la corriente una y otra vez para abastecer de pan a sus vecinos aparvando las molletas que le acercaban a la Huerta del Rey los tahoneros de Zaratán. El mozo, muy orgulloso, rechazó cualquier tipo de recompensa del Corregidor alegando "que no había expuesto su vida por el interés sino por hacer un servicio a la humanidad". Cincuenta años más tarde, en la madrugada de la fiesta de San Matías- cuando se juntan las noches con los días- la Esgueva volvió a desbordarse y, según narra el Diarista Pinciano, o sea Beristain, principalmente por la falta de limpieza de su cauce y por las barrabasadas que hacían los arrendatarios del molino de papel, capaces de abrir y cerrar compuertas como los castores con tal de llevar el agua a su molino.

El siglo XIX trajo consigo algunas mejoras y el púdico cubrimiento de la Esgueva que, aparentemente, ya no podría salirse por donde solía. Las obras, sin embargo, duraron más de lo previsto y se completaron ya en la segunda década de la centuria que se nos ha ido recientemente. El año 1924, y en la primavera del calendario, comenzaron dos semanas de lluvias intensas que provocaron que la Esgueva, loca de nuevo, se desbordara de todos sus cauces. Antes de la última Guerra Civil y como preludio a la trágica gavilla de despropósitos, la Esgueva volvió a circular por San Juan, los Vadillos y San Andrés llegando hasta la Plaza de Madrid...

La historia se repite de vez en cuando y nosotros volvemos a contarlo; tal vez con menos angustia que nuestros antepasados, pero con el resquemor de las desgracias imprevistas y de los miedos antiguos, que están en la sangre aunque no los veamos circular.

## Canonarcas y cofrades

El uso de los instrumentos musicales en la época de la Semana Santa tuvo siempre un sentido particular, marcado por la significación del período litúrgico; durante ese tiempo, por ejemplo, las campanas, habituales testigos del paso del tiempo y eficaces comunicadoras, quedaban mudas, mostrando así su silencioso respeto por la muerte del Salvador y haciendo buenos algunos relatos legendarios que aseguraban que en caso de ser volteadas saldrían volando.

La utilización de los instrumentos se reducía a dos funciones: dar aviso y crear música de acompañamiento para los actos litúrgicos. Para los avisos se solían utilizar carracas, mazos, matracas y tablillas, esos mismos que en las Tinieblas servían para "matar judíos" o para recordar dentro de los templos con estruendo (sólo en lo que duraba un Pater noster) el momento de la muerte de Cristo. Todos esos crepitacula lignea o instrumentos restallantes de madera, procedían de la primitiva Iglesia -después quedaron

definitivamente instalados en la Iglesia Oriental- donde, en manos de canonarcas -directores de coro- o de los monjes sirvieron para dar las horas o para advertir en los monasterios del cambio de actividad. En muchas ocasiones se usaban también para recordar y venerar a través del sonido seco y duro de su madera (por ejemplo en el caso del simandrón), el sacrum lignum o leño sagrado donde murió Jesús. En cuanto a las tablillas, que habían permitido a leprosos y mendicantes pedir limosna desde lejos durante esos tiempos en que la peste y la miseria se enseñorearon de Europa, se acabaron apellidando "de San Lázaro" por ser precisamente instrumento obligado en los lazaretos.

También para dar aviso o, por utilizar un término más preciso para hacer claro o dejar paso -esto es, para advertir que llegaba una procesión y que había que despejar la plaza o calle-, se utilizaba una trompeta (generalmente propiedad de la cofradía cuyo desfile se acercaba) o un timbal con los parches destensados (esas cajas destempladas que se conocían tan bien en el mundo de la milicia y en el campo de batalla) que se cubría, por respeto, con un paño negro.

Desde el siglo XVI aparecen también los pífanos (o flautas traveseras) y las flautas para una sola mano, acompañadas por el tamboril. Los primeros, procedentes del ámbito cortesano y militar pero también presentes en las capillas de ministriles de las catedrales junto a otros instrumentos menos populares como bajones, salterios y

arpas; las segundas, es decir las flautas de tres agujeros, llegadas desde el medio rural donde también servían para alegrar fiestas y bailes públicos. Todos estos instrumentos tenían su propio repertorio ya que desde el siglo XVI hasta nuestros días los Maestros de Capilla de las catedrales tuvieron como obligación de su cargo la de componer anualmente música incidental para las celebraciones de más importancia litúrgica: Navidad, Semana Santa y Pascua, y la fiesta del Corpus Christi.

En tiempos más recientes, y hablo ya de las primeras décadas del siglo XIX, las bandas de música -civiles y militares- sustituyeron a esas capillas incluyendo bugles, figles, clarinetes, tubas, bombardinos y otros instrumentos de metal e interpretando un repertorio más ecléctico -apropiado o no, según el acierto en la elección de ese repertorio- que casi ha llegado hasta nuestros días. Las dulzainas y chirimías ocuparon, asimismo, durante prolongados períodos (sobre todo en el caso de las primeras) un espacio particular entre los pasos o acompañando a los hermanos de disciplina y de luz o cera que constituyeron la espina dorsal de las cofradías rurales

## Pasión musical

Esa Semana Santa es, además de la conmemoración cristiana que recuerda el sacrificio de Jesús en la

cruz, un rito cuya liturgia nos enraíza en el pasado y nos sitúa, en el espacio y en el tiempo, junto a unas formas culturales determinadas. La evolución y el cuidado de esas formas suele corresponder a dos o tres generaciones cuyos papeles se distribuyen de diferente manera : mientras que la más antigua es partidaria de mantener una tradición presumiblemente creada y perfeccionada en el pasado, la intermedia y la más nueva aspiran a llevar la contraria sucesiva y respectivamente a la anterior con la intención, ya de renovar aquellas formas ya de recuperarlas de nuevo o acabar con ellas definitivamente. Quiero decir con ésto que, del mismo modo que en mi infancia no comprendía por qué mis padres me prohibían cantar durante los días de la Semana Santa, tampoco participaba de la alegría con que alguna generación posterior a la mía realizaba las procesiones camino del sur buscando desesperadamente un efímero bronceado.

Mi primer encuentro con la música en la Semana Santa vino de mano de Thalberg y aconteció en Zamora; ya he dicho en alguna ocasión que, probablemente, ese encuentro con los metales serios -casi trágicos- de la Banda zamorana, marcó definitivamente mi futuro y me inclinó hacia la actividad musical. El arreglo que de la Marcha fúnebre había realizado el maestro Inocencio Haedo me convenció de la necesidad de vivir con esa armonía que era capaz de reflejar tanta emoción. Después,

ya en Valladolid, salí durante algunos años, siendo niño cantor en la escolanía del colegio, para acompañar a la Cofradía de la Vera Cruz. Recuerdo como si fuese ahora mismo los lugares en que hacíamos un alto para interpretar, con una seriedad casi impropia de nuestra edad, aquellos motetes que el director del coro, el Hermano Julián, había seleccionado y ensayado cuidadosamente durante horas suponiendo un esfuerzo importante que siempre iba en detrimento de los recreos y ratos de juego. Pasión significa padecimiento y así entendíamos desde nuestras pueriles mentalidades aquellas horas de preparación que, sin embargo, pasado el tiempo, constituyen -al menos para mí- los recuerdos más significativos.

La Semana Santa es un símbolo cristiano, qué duda cabe, pero también es una forma cultural cuyas manifestaciones externas nos definen y nos identifican. Quien no esté convencido de que esa cultura ha moldeado y determinado su personalidad, difícilmente encontrará en su pasado algún material con el que alimentar la máquina del futuro y difícilmente también hallará sentido al "paso" del tiempo.

## La noche de San Juan

Parece que una de las constantes que acompañaron al género humano desde que la memoria como grupo

alcanza a recordar, es la de medir su tiempo físico por medio de divisiones que coincidieran con los ciclos establecidos por la naturaleza y los astros. Estas divisiones eran tanto más importantes cuanto más cambio trajesen, pues pasar de una estación a otra, por ejemplo, alteraba la vida de los individuos, les obligaba a vestirse de otra forma, mudar su alimentación, etc. Las religiones, tanto las paganas -muy ligadas a la naturaleza y al medio rústico- como las posteriores y entre ellas la cristiana, trataron de hacer coincidir fiestas y celebraciones con esas fechas en que se anunciaba el cambio. La Iglesia, por ejemplo, puso a San Juan, el precursor que vino a anunciar la luz, como santo que no solamente preparaba un nuevo año litúrgico sino que daba nombre propio al solsticio de verano, momento en que el sol alcanzaba su máxima latitud y la noche su mínimo dominio sobre el planeta.

Todas estas circunstancias no pasaban inadvertidas a quienes vivían de la naturaleza, la respetaban y hacían de su convivencia con ella un seguro de vida y alimentación. De este modo, confiaban en que una fecha tan importante en el ciclo anual les depararía, si se preparaban para ello, una existencia más positiva en el siguiente período. Esa es la explicación de muchas de las costumbres purificadoras que todavía se mantienen -despojadas de su simbolismo pero conservando algunos de sus principios- en el día de hoy. La lustración por el fuego o por el agua -

dos poderosos elementos naturales- se efectuaba de forma personal, aunque llegase a tener importancia como rito colectivo al depender de ella la salud de los ganados, la abundancia de las cosechas y el bienestar de la propia sociedad. Al fuego se arrojaban enseres viejos y trastos inútiles, cuya destrucción parecía asegurar una vida nueva y una eliminación completa de la impureza, y el contacto con el agua -fuese con el rocío de la mañana o con la primera "flor" que aparecía en su superficie al amanecer- fortalecía la salud y daba suerte a quien lo practicaba.

Todos estos hábitos bárbaros (que quiere decir extranjeros) y paganos (que quiere decir del campo) fueron eliminándose poco a poco con la llegada de la civilización y, en España en particular, con el avance paulatino de la denominada "reconquista" y de la convivencia entre culturas, que llevaba por ejemplo a moros y cristianos a celebrar el solsticio con grandes asonadas y alardes que acababan en escaramuzas y paloteos. Nihil novum sub sole.

## Los herejes

Supongo que a estas alturas Miguel Delibes debe de estar harto de leer y escuchar opiniones sobre su última novela y, sin embargo, tras la lectura reiterada de sus páginas, me arriesgo a ofrecer mi propia interpretación de algunos de sus contenidos por si, además de servir de

reflexión, ayudara a comprender mejor su éxito. Creo que, en ese juego de agradecimientos que se ha establecido entre el escritor y Valladolid, ésta le debe a aquél, más que el hecho de ser una referencia primordial en su obra, el haber servido de tubo de ensayo para sus experimentos lingüísticos e intelectuales.

Carlos García Gual me comentaba recientemente su admiración por el tono tan acertado de "El hereje". Por distintos caminos llegábamos a la similar conclusión de que la novela histórica funciona mejor cuando el protagonista es un perdedor, alguien a quien las circunstancias empujan, zarandean e inmolan finalmente en las aras de lo útil, de lo conveniente o de lo necesario (léase inútil, inconveniente e innecesario). Nuestra sociedad no admite tipos así, pero los tiene a montones y no por casualidad; tampoco acepta la adicción a las drogas o la violencia y sin embargo son ahora sus principales preocupaciones si exceptuamos la pasión por "El gran hermano" que requeriría comentario aparte para el que todavía no estoy preparado. A mí me enseñaron a evitar a los borrachos, pero con los años he venido a reconocer el error de esa clase de educación que consistía en dar la espalda a los problemas o en cerrar los ojos y pensar que no existían: detrás de cada borrachera, por encima del patetismo o de la tragedia particular, hay dolor, rebeldía, timidez, torpeza o incapacidad de adaptación a las circunstancias absurdas con que

nos salpica la existencia. Lo que otras especies han resuelto con el desarrollo de finos instintos, nosotros lo ahogamos en extractos esenciales. Puede que la locura de nuestros días no esté tanto en la velocidad o la prisa como en no querer reconocer que huimos constantemente de nuestros propios problemas. Por eso el prototipo de triunfador que se acepta o se soporta es aquel que se eleva por encima de sus miserias y las de los demás aunque sea a costa de sacrificar su conciencia y sus sentimientos o de destrozar a hachazos la paradoja que es y que le asusta.

Ante el espectáculo de esos triunfadores que representan su función sobre el pedestal del lujo -acaso sobre el montón de billetes de papel que ellos mismos se han encargado de fabricar e imprimir- sólo le queda al espectador de nuestros días el derecho al pataleo. La comedia es gratis y la butaca cómoda pero en el fondo no nos gusta la obra y menos aún sus protagonistas. Con pesar se soporta la imagen superficial pero necesaria -nos recuerda la levedad del ser- de actores y actrices que actúan para nosotros en papeles que nos provocan vértigo e inseguridad. Los medios de comunicación nos los presentan como campeones de lides imposibles, pero probablemente aún nos reservamos la facultad de elegir a nuestros héroes, y ahora, como hace miles de años cuando se crearon y desarrollaron los mitos, la humanidad está del lado del que sufre, del que tiene carencias, de quien pierde hasta el bien

más preciado -la vida-, empujado una y otra vez por esta o aquella mano que le obligan a subir a enviones las escaleras definitivas del patíbulo.

El arquetipo está claro y el cristianismo lo confirma: Cristo es un personaje que subyuga -por más que los escenógrafos, la luminotecnia, la producción o la dirección de actores malogren el auto- y su mayor virtud está en el fracaso de su cometido que atormenta hasta el final su humanidad. En Cipriano Salcedo, protagonista de "El Hereje" (hereje significa "partidario"), estamos todos. Somos paisanos en esa tierra donde la edad es sinónimo de sabiduría y la sabiduría significa sufrimiento, pérdida. Abrazamos un partido o una idea y no tenemos brazos para otros; estamos condenados constantemente a elegir y a equivocarnos. Por eso nos solidarizamos inmediatamente con quien no es capaz de vencer a su propio destino; nos compadecemos de aquellos a quienes la ignorancia, la prepotencia o la intransigencia niegan el derecho a expresar libremente sus ideas. Lo que engrandece al ser humano frente a otras especies es su aptitud para dar valor a aquello que le daña. La diferencia entre naturaleza y cultura está ahí precisamente. Sólo al hombre se le ocurriría destruir el propio nido en el que habita, como recordó el mismo Delibes escribiendo sobre un mundo agonizante; sólo en la mente del ser humano cabría el pensamiento de matar a su semejante por miedo a que no piense como él.

En la inocencia de Minervina Capa, la dulce y atractiva nodriza que aparece y desaparece de la vida de Cipriano como las hadas de los cuentos, está la contradicción de una raza que nutre a sus criaturas para después acompañarlas mansamente al quemadero.

## Valor facial

Recientemente apareció en los medios de comunicación una noticia "cultural" en la que se informaba de la adjudicación a Albert Einstein -no recuerdo por parte de quién, pero no hace al caso- del título de "hombre más sabio del siglo XX". Antes, se le había despojado convenientemente de esa pátina de seriedad y rigor que normalmente acompañan a la imagen de cualquier científico y que asustan al individuo de hoy, al difundir por todo el planeta a través de camisetas y pegatinas una instantánea del sabio judío sacando una enorme lengua al fotógrafo.

Si esta costumbre tan actual de premiar o distinguir todo lo mínimamente destacable hubiese tenido precedentes en tiempos pasados, no hay duda de que el siglo XVIII hubiese otorgado el mismo galardón al español José Celestino Mutis. Admirado por Linneo y Humboldt, Mutis fue un verdadero pozo de ciencia al que, todavía hoy, acuden los botánicos a saciar su sed.

A quien piense que le viene demasiado lejana la figura de nuestro compatriota o que no le suena su nombre convendrá advertirle que a diario ve y manosea su imagen en los billetes de dos mil pesetas, en cuyo anverso aparece impreso el rostro del gaditano universal.

Un reciente reportaje televisivo sobre la falsificación de billetes de banco, incluía las preguntas a algunos expertos acerca de la forma de identificar eficazmente el engaño. Uno de ellos, con asombrosa seguridad, indicaba muy serio frente a las cámaras el número de serie que no debía de faltar nunca, mientras repetía insistentemente que ese número tenía que aparecer ahí, "debajo de esto"... y al decirlo señalaba con su dedo rígido al pobre Mutis, eternamente condenado a sostener su lupa de observar especies americanas.

No sé si será una apreciación exagerada, pero el billete de dos mil pesetas me pareció en ese instante el mejor reflejo de la sociedad española del año dos mil. Un anverso con imágenes desvaídas de un pasado cultural -símbolo desfasado de la creatividad, del esfuerzo, de la historia- y un reverso con cuatro cifras como única verdad aplastante, apartados ya definitivamente la anécdota y el simbolismo. Mutis y lo que su figura significa, desaparecen de una escena donde los valores no pasan de ser referencias arbitrarias, condicionadas por el beneficio que pueda producir su uso, y se inclinan, dando un formidable

sombrerazo, ante el valor facial que nos trae el dinero en forma de Euro.

## Recuerdos del tiempo viejo

España, que es un país que siempre vibró con los espectáculos, fue perdiendo en el siglo XX el gusto por las "comedias", es decir, por aquellas representaciones regladas que se hacían sobre un escenario, fuese éste el de un elegante salón urbano, fuese el formado por las tablas de unos carros alineados en la plazuela de un pueblo. Nos queda, eso sí, un interés patibulario y morboso por la tragedia; por ese impulso primitivo y visceral que provoca actos incontrolados y perturbadores de cuyas consecuencias nos hacemos lenguas delante del televisor. Todas esas calamidades y siniestros suelen llegarnos puntualmente -da lo mismo el canal que uno elija- justamente a la misma hora en que nuestros bisabuelos se reunían alrededor de la lumbre baja para comentar también el último crimen -nuevo y horroroso- que habían escuchado al coplero por la mañana en el mercado. Pero a nosotros, que podemos exhibir en nuestro curriculum el haber presenciado una guerra retransmitida en directo, parece que las comedias ya no nos conmueven. Nos hemos hecho espectadores de butacón y si no reaccionamos ni aunque nos entre un misil por la ventana, mucho menos con las coplas de Mingo

Revulgo o con las andanzas de don Juan Tenorio -es un decir- a cuyo progenitor, por cierto, casi le dejan sin palco escénico en su mismísima tierra natal.

Hace mucho que no entro en el Teatro de Zorrilla, pero cuando mis visitas eran más frecuentes, durante los entreactos o en los descansos, imaginaba momentos de mayor esplendor para el saloncito decimonónico. Siendo sensible a los sonidos y escuchando con atención, todavía parecía poder hallarse, entre las paredes del foro o acurrucada en algún rincón de un palco, aquella inflexión de voz que diera el triunfo al actor dramático de moda. O la nota que, según las teorías acústicas de los viejos tratados, debía de haber dejado el arquitecto dentro del recinto para que vibrara después al unísono con el do sobreagudo del tenor lírico, ayudándole a conseguir esa noche de gloria. Aguzando el oído, tal vez se alcanzaban a percibir palabras "de idioma blanco" -como diría Lorca-, residuos de tantas películas extranjeras de "arte y ensayo", mezcladas con los comentarios o las fantasías de las cinco personas que solíamos por entonces "abarrotar" el patio de butacas.

La comedia no nos va; el cine, según y cómo. Los espacios teatrales parecen estar dramáticamente condenados a un final previsible y anunciado. El mismo Teatro de Zorrilla ha seguido la tónica que marcó la vida del poeta que le dio nombre: una época de esplendor (el vate escribió en Recuerdos del tiempo viejo que en un mes se llega-

ron a recaudar 20.000 duros de taquilla con una obra suya de éxito) y un período largo de decadencia, de evocaciones en modo mayor sobre el prestigio de la cultura, sobre ceremonias excelsas del pasado (recuérdese la coronación de Zorrilla en Granada) pero con los últimos años de existencia condicionados y amargados por una modesta pensión. Durante esos momentos tristes aún se le solía escuchar a Zorrilla que "estaba muerto en vida" pero que el sepulturero le había dejado una mano fuera para escribir, si la ocasión se presentaba. Hemos estado a punto de taparle esa mano. Definitivamente, la tragedia es lo nuestro.

## Fantasmas en Roma

Mediada la década de los setenta, y a punto de abandonar definitivamente los escenarios, recibí una invitación de Monseñor Federico Sopeña para cantar en la Academia de España en Roma ante el cuerpo diplomático acreditado en la capital italiana. Mi amistad con Sopeña había comenzado años antes, tras un artículo suyo en el diario Informaciones donde se felicitaba por haber tenido ocasión de "descubrirme" en un recital universitario y me comparaba -cosa que me pareció en aquel momento extemporánea y poco afortunada- con el cantante Raphael, contraponiendo nuestros estilos y bautizándome como el "anti-divo". Independientemente del acierto o

desacierto de su texto, nuestra amistad se afianzó y su actitud llegó a crearme una deuda pues, a partir de aquellas opiniones, Sopeña no perdía oportunidad de repetir ante tirios y troyanos, en España y fuera de ella, lo cercano que se hallaba a mi manera de entender y poner en escena la música tradicional.

Acepté, pues, la invitación y aproveché para pasar unos días en el histórico palacio de San Pietro in Montorio donde tantos españoles ilustres habían llevado sus pasos y desde el que se divisa una de las panorámicas más hermosas de la ciudad eterna.

Sopeña había dado órdenes precisas para que me prepararan una de las habitaciones de invitados de su propia casa, en el tercer piso del edificio, y allí vine a instalarme después de los saludos de rigor, de una cena muy a la italiana y de una larga charla sobre música que nos mantuvo entretenidos hasta casi la media noche.

Al cerrar la puerta del dormitorio y correr el pasador del pestillo -precaución inútil en este caso pero que entra dentro del catálogo de manías que me hacen la vida más confortable desde hace tiempo- sentí una extraña sensación, podría definirse para entendernos como un escalofrío, que me obligó a levantar la vista hasta el cuadro que presidía la habitación, desde la pared frontera a la aparatosa cama con dosel en la que me había tocado dormir aquella noche. Se trataba de una réplica del lienzo de

Velázquez representando a Inocencio X. La mirada dura e inquisidora del personaje me intranquilizó, y mucho tiempo después de haberme acostado seguía produciéndome un curioso malestar pues, a pesar de hallarse la habitación totalmente a oscuras (era una estancia interior, sin ventanas), me parecía seguir viendo en la penumbra el rostro del papa. Cuando el cansancio del viaje hizo al fin su efecto pasé a una inquieta duermevela de la que me sacó bruscamente la impresión de que alguien estaba haciendo girar el picaporte desde fuera.

-¿Federico?-, pregunté con un tono de voz algo ridículo.

Me levanté, no sin haber dejado que pasara un tiempo prudente para recibir alguna contestación, y atravesé la habitación hasta situarme al lado de la puerta con mi oreja pegada a la hoja. Como sólo escuchaba el latido de la sangre en la cabeza, decidí abrir y comprobar si había alguien en el exterior.

No; definitivamente, en el pasillo no había luz y al parecer nadie de la casa se hallaba por allí cerca... La sorpresa me la llevé al volver a la cama: las sábanas estaban heladas y, a mi entender, no había pasado el tiempo suficiente para que perdieran el calor que mi cuerpo debía de haberlas transmitido.

Para qué más... Insomnio total y desesperante, y un desasosiego que duró hasta que fue de día. En el desayu-

no traté de iniciar discretamente una conversación sobre la noche toledana:

-Oye Federico, ¿esa habitación donde he dormido...?

Sopeña, que, como bien se sabe era mitad sordo y la otra mitad la completaba cuando había algo que no le interesaba, me agarró del brazo e interrumpiéndome dijo:

-Me gustaría pedirte un favor especial... personal...

(Pensé que iba a contarme algún secreto sobre la habitación)

-Desde luego, soy todo oídos -contesté-.

-Quisiera que llevaras corbata esta noche en el concierto.

-Pues ya lo siento -respondí un poco contrariado por la salida tan sibilina del tema- pero no he traído ninguna.

-No te preocupes; puedes elegir entre las mías...

A la noche subí al escenario como a un cadalso; ahorcado con la corbata de Sopeña, si bien es cierto que aprovechando la primera ocasión para aflojar el nudo. Cuando volví la cara hacia donde estaba sentado Federico, éste reía abiertamente en conversación con el embajador español y supuse que la risa tenía algo que ver conmigo al ver la expresión de curiosidad con que el diplomático me miraba.

Cuando volvimos a casa, y con mucha discreción, el mayordomo me advirtió que había trasladado el equipaje

a otro dormitorio a donde quería conducirme inmediatamente para saber si era de mi gusto... No pude evitarlo; aquella noche soñé que Inocencio X entraba en la nueva habitación y se acostaba a mi lado. Desperté empapado en sudor y puedo decir sin vergüenza que tardé muchas noches en quitarme de encima la pesadilla de aquel rostro duro, de aquellos ojos fríos. Estando de visita en la Biblioteca Vaticana aproveché para pedir un libro sobre la historia de los papas. Cuando leí el horrible final de Inocencio X y las tres noches que pasó su cadáver entre escombros, abandonado por su propia familia, casi tuve compasión del infortunado pontífice. Sin embargo, lo que son las cosas, hoy es el día en que todavía me estremezco contemplando su dichoso retrato.

# EL BÁLAGO

## Magisterio de la memoria

Fenómenos como los que constantemente están produciéndose en la Sierra de Atapuerca -descubrimientos que nos dan una perspectiva distinta y distante de nuestro pasado o de nuestra evolución- podrían ayudarnos también a reflexionar sobre nuestro presente. El tipo de sociedad que nos hemos creado tiene un extraño poder para certificar y dar validez a cualquier decisión que, aparentemente al menos, suponga un avance, un paso adelante en el desarrollo o progreso de la humanidad. Para quien esté satisfecho con la vida que le ha tocado en suerte -el periódico de todos los días, el coche, su trabajo, su mundo- hemos mejorado evidentemente. Hay algunas personas, sin embargo, a las que esas formas unívocas y "eficaces" de concebir la existencia están perjudicando gravemente. Me refiero a los artesanos; pero no tanto a los que han hecho de esa actividad su modo de vida, sino a ese otro personaje cada vez más escaso, discreto por obligación (ya no tiene alumnos a quienes transmitir su sabiduría o sus técnicas) y por arbitrarias decisiones colectivas, al que un impulso, una herencia o la misma suerte en forma de sueño, convirtieron en cátedra permanente de la memoria.

He insistido muchas veces y no me cansaré de seguir haciéndolo, en la importancia de dar una tratamiento especial a esos personajes. No tanto por evitar que desaparezca su dedicación, a la que una visión exclusivis-

ta y exigua de la sociedad ha transformado ya en exótica, sino por no acabar con un prototipo de magisterio único, capaz de concitar en un mismo individuo la sabiduría tradicional y la creatividad personal sin que ninguna de esas dos facetas estorbe a la otra. Repito que nos quedan muy pocos ejemplos; tan pocos que me atrevería a sugerir que su talento y su ejemplo fuesen tratados con una veneración especial por la sociedad y sus representantes: excepciones con lo excepcional. Y no ya para que se pueda reconstruir su figura en el futuro -suelen ser irrepetibles su concepto del mundo, de la estética, de la habilidad- sino porque su desaparición es un paso atrás en ese deseado perfeccionamiento de nuestra especie.

Me parece una tragedia que estemos fatalmente destinados a reconocer esas desapariciones sólo a través de los descubrimientos arqueológicos.

## El valor de lo nuestro

La celebración reciente en Valladolid de un Simposio Internacional sobre el Turismo Cultural -que fue un éxito de organización y asistencia- coincidió en el tiempo, que no en las intenciones, con una nueva experiencia que iniciamos en Urueña. Ayuntamiento, Fundación y la Asociación Cultural que aquí existe, pensamos conjuntamente en convocar, a todos los vecinos que quisiesen acu-

dir, a unas charlas estacionales -la primera, en otoño, dedicada al paisaje y otras en primavera e invierno- que nos servirán para conocer de forma directa la opinión de los habitantes del medio rural sobre su pasado y el futuro que nos aguarda. La experiencia ha sido un éxito pues, no sólo ha dejado patente el interés -la preocupación- del agricultor o ganadero por el entorno en el que vive y por la naturaleza de la que en buena parte depende, sino que ha convertido el lugar en el que se celebraban las charlas en una rebotica donde cada uno se expresaba como mejor sabía sobre el tema en cuestión: la flora de por aquí y sus múltiples aplicaciones, las casas de adobe y su efecto beneficioso sobre la economía familiar, etc, etc. Es evidente que cuando a uno le preguntan o le permiten intervenir en un coloquio se siente mucho más a gusto si el tema es de su interés o le atañe.

Esta es la cuestión. El turismo rural se ha convertido en unos pocos años en una fuente de ingresos para las arcas públicas y las privadas; en una solución adecuada para muchos jóvenes que, convertidos en empresarios o trabajando en el sector de servicios, han podido quedarse en el lugar en que nacieron sin necesidad u obligación de emigrar. Ese es un dato muy positivo que debería ir unido a un respeto altísimo, por parte de la Administración y de los propios turistas, hacia la cultura y la forma de ser de la gente del campo. Fomentar el conocimiento mutuo -entre

el visitante y su anfitrión- sería la forma más adecuada de evitar improvisaciones o errores que ya comienzan a vislumbrarse. No digo que en los pueblos no se quiera al turista ocasional (por lo general se acepta mucho mejor al visitante en el campo que en la ciudad) sino que habría que conseguir entre todos que el turista viniese a aprender y no considerara los pueblos y tierras por donde va como territorio conquistado. Los profesores con sus alumnos, los padres con sus hijos, hasta las agencias de viajes con sus clientes podrían realizar una labor espléndida preparándoles para una observación correcta y eficaz. En la diferencia siempre existe una comparación y en la comparación hay dos extremos: en uno estamos nosotros y en el otro aquellos de quienes nos sentimos distintos. Creo que es labor de todos evitar que el impacto de ese "turismo cultural" provoque una verdadera "aculturación" o minimice a los verdaderos protagonistas de esa "cultura" que son siempre las personas. Labor de todos también escuchar, o pedir que se escuche a esas personas, que todavía pueden decir muchas cosas y muy importantes.

## Buenas pécoras

A última hora de la tarde de un día de junio atravieso el río Duero por el puente que sube a Tordesillas, rodeado por más de tres mil ovejas, cabras y carneros que

se desplazan "al paso de una mujer hilando", tal y como dicen las antiguas ordenanzas de la Mesta que debían avanzar los rebaños. A mi lado, iniciando la marcha, el "mansero"-pastor encargado de llamar al resto de sus compañeros para poner en movimiento toda esta ingente cabaña-, acaricia las testas carnerunas que tienen en él su alta referencia, su adalid más fiable. Jesús Garzón, el infatigable luchador de tantas causas justas, se nos ha adelantado para tomar una instantánea del compacto tropel ocupando por completo el puente; poco antes, pausadamente y sin perder la sonrisa, ha estado contestando a través del teléfono móvil a las preguntas que le hacían unos periodistas sobre su proyecto de la trashumancia. En sus respuestas, concretas y documentadas, palabras claves como "ecosistema", "cultura milenaria", "cañadas", "desertización"... Al final, una súplica:

-Entrevistad a los pastores; ellos son los que de verdad saben de ésto.

Es evidente. En los rostros de los tres rabadanes y el "ropero" que conducen el descomunal rebaño hay una gravedad imperturbable que no se altera ni siquiera cuando un grupo de cabras decide subirse al pretil del puente. Su tez , curtida por el sol y el sudor, tiene el color de las estaciones; las arrugas de la piel semejan una escritura cuyos signos transmiten antiguos conocimientos que llegan a nosotros como las aguas de ese río que cruza per-

pendicularmente a nuestro paso. Su caudal viene de allá arriba; de un lugar o de un tiempo que no hemos conocido y que parece que no nos atañe al discurrir bajo nuestros pies y llevar otro rumbo. Sin embargo toda esa sabiduría se mueve y vive. Probablemente no se manifiesta con facilidad porque ahora atraviesa un país donde se hablan lenguajes altisonantes y excesivos que su parquedad no entiende. A ellos les sobra contenido y les falta la palabra; a nosotros nos abruma el verbo para no decir nada.

Precedidos de la Guardia Civil y de la curiosidad de muchos automovilistas que han tenido que detener y orillar sus vehículos, continuamos ascendiendo para enfilar el último repecho. Asomada a una alta ventana, una monja enrejada nos contempla tímida y sorprendida de su propia curiosidad. Ayer mismo observaba el tránsito de los caballeros que llegaban a ver a doña Juana y hoy otra vez tanto alboroto... Las flores de los jardines municipales se salvan gracias a la rapidez de reflejos de Jesús Garzón que utiliza su cámara como una honda para ahuyentar a las testarudas ovejas, ignorantes de la hermosura del color e indiferentes a la selección floral.

Las ovejas se mueven al ritmo de zumbos, cencerros y changarras. El pastor, que los afinó a golpes sobre el tas, sabe si éste o aquél no suenan; es capaz de distinguir, sin necesidad de mirar, que tal o cual nota están

ausentes en la armonía. A su oído, el conjunto le parece un concierto tan conforme como el que pudiera interpretar una orquesta...

Tan impresionante alboroto, que nada tiene que ver con las escenas bucólicas que sugirieron a los poetas los rebaños, me obliga a reflexionar horas más tarde sobre el futuro que les aguarda en el siglo XXI a todas estas actividades agropecuarias de tradición antiquísima. El ganadero y el agricultor de hoy han perdido su independencia y su capacidad de reacción, atraídos por las subvenciones europeas u obligados a aceptarlas sin remedio aparente. ¿Es posible que no exista solución a la esclavitud económica que soporta el individuo del año 2001? ¿No es posible la vida en el planeta sin estar sujeto a economías globales? Pienso en la despoblación del medio rural en la España de los años 1960 a 1970 y no encuentro explicación razonable al hechizo que la ciudad ejerció sobre los pequeños pueblos; no me valen los casos extremos de necesidad que también existían en las grandes urbes. Me refiero al abandono compulsivo de la casa natal, de la empresa familiar creada y mejorada a lo largo de siglos, del lugar donde vieron la primera y última luz los antepasados. Creo que alguien tendrá que estudiar seriamente en este siglo que comienza, el fracaso humano de las políticas económicas de la centuria que ha terminado. No sé si servirá de enseñanza para las nuevas generaciones -me temo

que no-, pero al menos será la última satisfacción que podamos ofrecer a quienes gastaron su vida e ilusiones en crear unas formas válidas de existencia de las que -injusta e innecesariamente- nos hemos estado avergonzando durante los últimos años del pasado siglo.

## El viaje

Los tiempos y los usos van modificando el lenguaje y no siempre de forma viciada. Los vocablos viajero , andador o caminante, que antaño pudieron significar lo mismo, hoy están diferenciados por la técnica locomotriz: mientras que los últimos siguen utilizando piernas y pies para el desplazamiento, el viajero utiliza como medio primario de transporte algún vehículo que le haga más llevadero el trajín.

Entre las razones que motivaron y motivan la egresión del hogar, siguen teniendo sentido e importancia las que buscan un resultado terapéutico para el cuerpo o para el espíritu, como las antiguas peregrinaciones; también aquellas otras que están originadas por la curiosidad o el deseo de conocer mejor culturas diferentes y costumbres distintas. Hoy, yo añadiría otro par de motivos nada desdeñables: la exigencia de amortizar el vehículo y convertirlo en una inversión rentable y la necesidad de abrir de par en par las ventanas de la urbe y asomarse a los aires

del campo o de la montaña, de donde todos venimos. A esa aventura, cada viajero se atreve con diferente prurito: hay algunos que llevan la mente abierta y la voluntad humilde de reconocer los errores históricos cometidos en el medio rural por economías sin sentido y gobernantes incuriosos. Otros, continúan haciendo ostentación -como si de trasnochados antropólogos decimonónicos se tratara- de su educación superior; frente a la cultura viva, frente a los conocimientos cultivados e integrados en la propia existencia, exhiben estos nuevos Livingstones su sabiduría de concurso televisivo...

Afortunadamente, la admiración por el pasado monumental o la apreciación de las bellezas naturales sobrepasan y anulan cualquier falsa primacía, al tiempo que preparan al individuo para un viaje interior a sus entrañables arcanos, donde se halla lo mejor de cada uno. Así, el viaje es, no sólo un desplazamiento más o menos placentero, sino una actitud personal que se convierte en camino allanado para que transite por él la convivencia y el mejor conocimiento mutuo.

## Los Ancares leoneses

Los valles de los ríos Ancares y Burbia han quedado en mi memoria como unos de los parajes más hermosos que haya podido contemplar. De nada serviría describir

con palabras lo que sólo se podría entender a través de los sentidos: colores, aromas, sonidos, silencios... Sin embargo me arriesgaré a compartir tres recuerdos, seleccionados entre las mil anécdotas que me sucedieron en los distintos períodos de tiempo en que recorrí aquellas benditas tierras para conocer mejor a sus gentes y su cultura.

El primero y más importante tiene que ver con una reflexión personal. Después de compartir casa, comida y conversación con algunos ancareses comencé a preguntarme si es correcto atribuir un sentido exclusivamente económico a las palabras riqueza y pobreza. Aquellas personas, aun careciendo de lo que hoy día nos parece tan natural y tan necesario para nuestras vidas, me ofrecían -como antes lo hicieron los sanabreses- una riqueza extraordinaria de lenguaje, de expresiones, de vivencias, que se interiorizaba creando unos vínculos indestructibles con el entorno, con el pasado, con la propia existencia. Había una naturalidad tan aparentemente sencilla en sus gestos y en su comportamiento que hasta a ellos mismos les resultaba difícil reconocerlo. Nada de sofisticación, ausencia de snobismo, carencia de lujo superfluo, pero cuánta generosidad en las pequeñas cosas, cuánta prodigalidad en la imaginación, en la fantasía. La vinculación cotidiana con el patrimonio familiar, con la sabiduría antigua en la que nada era prolijo ni innecesario, cambiaba el valor del tesoro, que no constituía una riqueza en sí mismo sino por el

uso adecuado y moderado que se le daba. Tantas cuantas veces regreso a esta cuestión, vuelvo a preguntarme qué extraño maleficio, qué inadecuadas formas de progreso dejan indiferentes, aburridos y sin peculio lingüístico a los que denominamos habitualmente ricos, privando a los pobres de la posibilidad de envejecer dignamente conservando su acervo y su historia. ¿Será que esa riqueza suele ir unida a una imposición violenta de sus premisas y entre éstas no acostumbra a figurar la cultura? Las civilizaciones que quisieron fomentar la delicadeza y la sensibilidad en las cosas del espíritu sucumbieron a manos de otras más bárbaras y esa es la historia resumida del género humano: construir sobre la destrucción.

El segundo recuerdo tiene que ver con otra de las riquezas dilapidadas en nuestro tiempo: el silencio. Estando alojado en una casa de Burbia tuve la sensación una noche de que me había muerto, tal era la quietud y la ausencia de sonidos. Tuve que abrir la ventana, ya un poco angustiado, para convencerme de que no había pasado a lo que llaman mejor vida; el murmullo del regato que discurría por el medio de la calle me devolvió las sensaciones vitales con el mejor y más adecuado de los pensamientos: Todo fluye.

La tercera idea me ha costado muchas discusiones y no pocas controversias, pero sigo pensando que es cierta. Hoy los Ancares están mucho peor comunicados que

en siglos pasados. Me explicaré. La profesión por excelencia del ancarés hasta hace un siglo tenía mucho que ver con el comercio y la arriería. Pese a las dificultades que pudieran ofrecer los caminos de herradura en los días más duros del invierno, eran más viables que las actuales carreteras que unen este territorio con el resto de la provincia de León o con Galicia. Los arrieros salían en cualquier época para vender cera o miel o castañas, o tantos otros productos que se recogían o elaboraban allí, y volvían con aquellos otros de los que carecían. Nos cuesta mucho reconocer que, en ocasiones, el progreso no tenga nada que ver con la calidad de vida.

Muchas personas y circunstancias, cuya cita haría este libro interminable o le convertiría en un catálogo subjetivo de sucedidos, toman forma ahora en la memoria agolpándose sin orden en el umbral del recuerdo. Ahí están la compostora o curandera, el madreñero, el cestero, el molinero, cada uno con la receta justa para desarrollar su oficio en beneficio de los demás. La existencia, por más que a la humanidad le parezca poco importante, sólo tiene sentido si constituye un eslabón que forma parte de una larga cadena. Esa misma cadena que por un lado nos vincula a un pasado -aunque ello sea un menoscabo para nuestra soberbia- y por el otro deja de ser asunto de nuestra incumbencia pues no nos tocará sujetar ese cabo por más que la ciencia avance.

La cultura en los Ancares leoneses es tan antigua como el tejo, ese árbol mágico que todavía subsiste en alguno de sus bosques, y tan espectacular como el canto del urogallo que aún anida en sus hayedos y robledales. No exagero si digo que la canción más hermosa que he escuchado se la oí cantar a una anciana ancaresa, que hablaba del niño Jesús en el portal como si le hubiese acompañado en tan feliz circunstancia, para captar y condensar en unas pocas notas, bellas y tiernas, la secular historia de esperanza. Tampoco miento si digo que asistí a un entierro donde, perdida ya la antigua costumbre de dar caridad, me ofrecieron cinco duros por estar y encomendar el alma del difunto. Los cuentos y las leyendas que allí escuché hablaban de abesedos y lobos como referencias familiares y hostiles, seguramente por haber sido creadas en esas épocas intermedias de la civilización en que la naturaleza y las estaciones se encargaban de convertir los aliados en enemigos y todo lo contrario.

La tentación de quedarse, que podría asaltar al entusiasmado viajero o convertirse en una posibilidad si uno va en vehículo propio, se hace realidad a menudo por la escasez de coches de línea, que nos deja como a Pulgarcito en medio del bosque, abandonados y con el único recurso de esas piedrecitas que hemos utilizado ya en algún cuento anterior con resultado positivo. Si entramos por lo legal a los Ancares, habremos de pasar por

Vega de Espinareda. Si lo hacemos por alguna pista de montaña, por ejemplo desde Balboa, podremos tener la oportunidad de contemplar maravillosos paisajes o visitar alguno de esos pueblos que no vienen en el mapa. Cuando hice esa ruta descubrí Paragís, lugar en el que vivían sólo dos habitantes enfrentados. El uno creía en Dios y en los santos y el otro, para llevarle la contraria, sacaba en procesión a un satanás de retablo, medio chamuscado, al que llamaba o demín y al que aseguraba haber visto saltar -dicen las malas lenguas que tras intoxicarse previamente con algún orujo- desde las andas a los castaños y viceversa. Los ancareses son muy conscientes del valor de lo suyo, aunque sepan que anda en almoneda el arte de otros tiempos. Mucho nos costó a Concha Casado y a mí convencer en un pueblo a sus habitantes, que casi nos querían pegar por creernos periodistas, de que la intención de un artículo de Julio Llamazares en El País había sido exclusivamente descriptiva y que no les había llamado papudos. No he tenido ocasión de contárselo a Julio pero estoy seguro de que le gustará el detalle.

## El brazo de Matías

Llegaba con el buen tiempo. Le daba igual la estación o la fecha que fuera: en cuanto venían dos días seguidos de calor se presentaba Matías con su mercancía. Las

alforjas llenas de cacharros -orzas, lebrillos, modorros, botijos, cántaros- encima de una mula a la que decía querer como a una hermana. Cuando el posadero le preguntaba si le apetecía tomar alguna cosa antes de acostarse y apiensar la caballería, Matías contestaba indefectiblemente: "Ponme a mí un par de huevos porque la mula viene cenada" Luego, con el jarro en la mano, empezaba a contar la misma historia de todos los años: cómo perdió el brazo. Porque a Matías le faltaba uno; bueno, en realidad era el antebrazo, que el muñón le llegaba al codo. Se dejaba preguntar y luego se extendía, como regodeándose en el relato.

-"Pues esto me pasó en Sanabria, subiendo de Vigo a San Martín".

Los ojos de los críos que todavía no se habían ido a la cama se abrían más y más cuando iba llegando a la escena principal. Al echarse la noche encima había tirado por aquel atajo que le enseñó el Tío Pendejo, el coplero. Le costó reconocer que se había perdido en el monte.

-"Cago en tal" -decía mirando a todos como si estuviera tratando con unos chaparros o unas matas de roble-. "Si se pierden hasta las más santas, cómo no me iba a perder yo".

Bajaba el tono de la voz y subía el dramatismo de la narración.

-"Conque en esto, oigo un chasquido detrás de mí y la mula que se me espanta".

Al llegar a ese punto sólo se escuchaba el fuego en la cocina. Matías era el dueño de la posada. Jadeando, luchando, girándose sobre la banqueta, levantaba la mano izquierda como agarrando el ronzal de la mula mientras con la derecha se defendía de los lobos. Venían a oleadas; primero uno más atrevido; luego dos o tres tirando viajes a las patas del animal, que lanzaba coces despavorido. Al final pasó lo que tenía que pasar: una loba con una boca como una cueva, de grande y de negra, le enganchó del brazo y se lo llevó. Al brazo, no a él. Él se quedó dando gritos en la oscuridad y agitando alocadamente lo que pensaba que todavía era su brazo y que, misteriosamente, había dejado de pesarle. Los lobos no volvieron a atacarle. Como pudo, y tras haber comprobado con horror que le faltaba la mano cuando quiso subirse a la caballería, llegó a San Martín. Allí le curó una compostora y le dio una dómina de San Antonio contra los lobos para otra ocasión comprometida... En ese punto de la narración Matías nos recitaba la oración y nos mandaba a todos a dormir.

En realidad no sé qué año fue, pero Matías desapareció sin dejar rastro después de que pasara por aquí aquel paisano suyo. También era trajinero. Se rió mucho cuando recordamos la historia de los lobos que todos sabíamos de memoria. Se congestionaba al reir mientras todos aguardábamos pacientemente a que explicase aquel inesperado

desahogo. Cuando pudo volver a hablar nos dejó de piedra. Matías era un pájaro que se había pasado la vida dando de comer gratis a la mula. Con la excusa de que ya venía cenada, rechazaba el celemín que le ofrecían los venteros y se lo ahorraba; pero cuando todos dormían, se levantaba e iba a hurtadillas hasta el arcón donde se guardaba la cebada y llenaba una medida de las suyas de buen grano con el que alimentaba sobradamente a su "hermana". Al posadero de Torreval le engañó más de cuarenta veces. A la cuarenta y una, sin embargo, le esperó en la oscuridad de la cuadra. Y cuando Matías rellenaba confiadamente su vasija, dejó caer con todo su enorme peso la tapa del arcón, que cercenó limpiamente el brazo del infeliz.

## El pozo airón

Entre las leyendas españolas que conservan todavía en sus argumentos historias fantásticas o fabulosas hay algunas, como la del "pozo airón", que, alimentadas por la invención popular y basadas además en datos reales, excitan o han excitado la imaginación de una generación tras otra llegando hasta nuestros días. En general, todos aquellos relatos que hablan de las entrañas de la tierra y contribuyen a la creencia de que bajo la misma existe un mundo subterráneo poblado por habitantes diferentes a

nosotros que nos observan a través de esos hoyos -ojos- practicados por la naturaleza o por ellos mismos, han tenido y siguen teniendo en la tradición un gran predicamento. Una leyenda similar, la que hace comunicarse entre sí iglesias y castillos por medio de pasadizos excavados en el subsuelo, se ha transformado muchas veces en realidad al descubrir en tiempos recientes parte de esos túneles interminables que, parcelados y cegados por la acción del tiempo o la mano del hombre, han acabado sus días convertidos en aceptables bodegas donde sus propietarios conservan el vino adecuadamente.

Sin embargo el pozo airón tiene elementos particulares y mitológicos que hacen de su memoria una fuente inagotable de hechos imaginarios o prodigiosos cuya génesis no siempre se encuentra en la propia naturaleza de la oquedad. Todavía se recuerda en Granada la historia de un pozo morisco del que, de tiempo en tiempo, salían enormes bocanadas de aire y cuyo taponamiento costó años, debido tanto a la profundidad del mismo como a la imposibilidad de cubrir su superficie, a la que subían, cuando ya nadie lo esperaba, nuevas emanaciones que dejaban sin efecto el trabajo realizado, tragándose incesantemente la sima todos los materiales -piedras, arena- arrojados en ella.

En casi todas las historias de este tipo que, desde luego no son privativas de la Península Ibérica, se repiten

constantes que hacen más misterioso y enigmático su origen: por lo general se trata de pozos cuya hondura nadie ha llegado a medir; algunos de ellos tienen el agua salada y sus paredes u orillas presentan una fauna diferente a la del lugar en que están enclavados; contribuye también a acrecentar su carácter mágico el hecho de que aquellas personas o animales que han tenido la desgracia de caer en sus aguas han desaparecido para siempre. No comparten por tanto la cualidad de otros pozos diferentes, auténticos sifones, que han arrastrado los cuerpos de sus víctimas varios kilómetros, haciéndolos aparecer en otras perforaciones por efecto de corrientes subterráneas.

Algunos romances, tradicionales o de creación literaria, han utilizado el tema del pozo airón para dramatizar más su contenido. Recordemos el texto sefardí de "Los siete hermanos", el menor de los cuales perece al intentar sus colectáneos descolgarle en una cuerda para conseguir un poco de agua:

En el medio de aquel pozo
la cuerda se les rompió
el agua se hizo sangre
las piedras culebras son;
culebras y alacranes
le comen el corazón...

Otro antiguo romance cuyo protagonista es don Bueso y que se conserva mejor en la tradición judeo-española que en la peninsular, relata la desgracia de aquél al caer a un pozo airole de donde no puede salir; ruega a su mujer que le saque de allí pero ella se niega a salvarlo con la excusa de que así se convertirá en reina de Aragón (o de España o de Granada, según otras versiones).

Antonio Machado, en La tierra de Alvar González revive la leyenda situándola en Soria, en concreto en la Laguna negra, a donde los dos hijos mayores de Alvar arrojan el cadáver de su padre asesinado:

Hasta la Laguna negra
bajo las fuentes del Duero
llevan al muerto, dejando
detrás un rastro sangriento,
y en la laguna sin fondo
que guarda bien los secretos
con una piedra amarrada
a los pies, tumba le dieron...

Las mismas características -insondable, terrible- se cuentan de otros pozos airones distribuidos por el País: El pozo de Pozmeo, cerca de Reinosa: el mar de chá, en Cuenca, a un kilómetro del pueblo de La Almarcha; la laguna del pozo airón en el término de Hontoria del Pinar,

en Burgos; la laguna negra de Neila (Burgos); la del mismo nombre que se halla en el término municipal de Puebla de Lillo, en León; la de la Sierra de la Demanda, entre el circo de Moreta y la hoya de Taborlaza, en la Rioja, etc, etc.

En cualquier caso estamos ante tradiciones bien antiguas, procedentes muchas de ellas del hecho de considerar estos lugares como relacionados con el infierno del cual eran las puertas y al que se accedía tras ser trasladado en una barca a través de una corriente de agua interna, o como la entrada al centro de la Tierra donde vivían seres gigantescos cuyas luchas, golpes y resoplidos daban lugar a los ruidos y vaharadas que salían de vez en cuando del interior de los pozos atemorizando a los habitantes de los contornos.

## El Cid en los romances

Muchos personajes a lo largo de la Historia han entrado en el campo de lo legendario tras su muerte: las crónicas escritas y la tradición oral se encargaron a menudo de amplificar la biografía con hechos y circunstancias fantásticas o extraordinarias que engrandecían al héroe a los ojos del pueblo. En el caso del Cid, es probable que ningún género literario como el Romancero le haya tratado con mayor abundancia y atención. Casi dos

centenares de textos -escritos a lo largo de los siglos XV, XVI y XVII, y recogidos y publicados por don Agustín Durán en el siglo pasado- celebran una figura singular cuya vida se extiende a lo largo de tres reinados -Fernando, Sancho y Alfonso- y cuya actuación tiene casi siempre el carácter de ejemplar. Cierto que la época en que vivió e incluso las posteriores hacían más sencilla la adscripción de sus hazañas a una forma de literatura épica, pero hay también en esos romances muchos detalles que justifican sobradamente el interés popular que despertó su lado humano o su actividad social. Los muchos calificativos que recibe Rodrigo Díaz en los textos romancísticos (bueno, valiente, leal, soberbio...) unidos a las actitudes que adopta ante los problemas que se le presentan (pensativo, enojado, agraviado...) vienen, en fin, no sólo a modelar una personalidad versátil, sino a completar la idea de una permanente fatalidad en la vida del héroe castellano. El destino o las circunstancias sociales le obligan a actuar muy frecuentemente en contra de sus propias convicciones morales: el Cid, desde temprana edad, se ve forzado a matar al conde Lozano, que ha insultado a su padre, para vengar el deshonor; se casa con Jimena por consejo del rey y por la solicitud que aquélla ha hecho al monarca para remediar su indefensión; en el cerco de Zamora no puede vengar la muerte de su amigo de infancia y juventud el rey don

Sancho por haber prometido a Urraca -su antigua enamorada- que no desenfundaría la espada contra ella; las Cortes le obligan a tomar un juramento duro y violento al rey Alfonso; éste mismo, después de haberle desterrado por ese hecho, le convence de que case sus hijas con los condes de Carrión con el desastroso resultado que se conoce... En suma, el Cid mantiene el tipo frente a las condiciones adversas que él no provoca y lo hace además de forma coherente y ejemplar. Desde la bastardía de su nacimiento, circunstancia ajena a cualquier acto de su voluntad, hasta la victoria lograda después de muerto gracias al apóstol Santiago, los hechos narrados nos presentan a un héroe en manos del hado, contra el que ofrece singular batalla con su esfuerzo y sus propias virtudes.

Para la realización de un disco que grabé hace poco tiempo, seleccioné quince romances cuyos argumentos tenían, a mi modo de ver, especial importancia en la leyenda del Cid. El primero reproduce el monólogo que sostiene un Rodrigo joven con la espada de Mudarra González -el vengador de los Infantes de Lara- antes de cumplir su promesa de matar al conde Lozano. En el segundo, un texto históricamente imposible, se ensalza la soberbia de Rodrigo al rechazar la mano que el rey le da a besar. Jimena suplica al rey Fernando en el tercer texto que la case con el matador de su propio padre alegando ventajas

evidentes. En el cuarto se celebran las bodas de Rodrigo y Jimena. El quinto, un tanto independiente de la biografía del Campeador, narra su romería a Santiago en la cual se produce un asombroso milagro al socorrer el Cid a un leproso. En el sexto, el Cid derrota al rey moro Abdalla. El séptimo relata la tradición de la salida a misa de Jimena cuarenta días después del parto de una de sus hijas, encontrándose al rey Fernando quien, por estar ausente el Cid, la acompaña a la iglesia y después a casa. En el octavo comienza el cerco de Zamora. El noveno describe el popular hecho de la traición de Dolfos. En el décimo, ya asesinado el rey don Sancho, Diego Ordóñez de Lara reta a Zamora. El undécimo canta el episodio de la deseperación de Arias Gonzalo al ver muertos a tres de sus hijos y la elegancia de Diego Ordóñez al pedir disculpas al viejo pese a saberse más fuerte. La jura de Santa Gadea es el romance duodécimo. El décimotercero, el destierro del Cid y el préstamo pedido a dos judíos burgaleses. El décimocuarto nos presenta las Cortes de Toledo donde el Cid toma cumplida venganza de sus yernos y el último describe el hermoso y renacentista testamento de Rodrigo Díaz dictado antes de morir en Valencia.

¿Está olvidada la leyenda? Creo que mentiría si digo que sí. Nunca como ahora la sociedad necesitó héroes porque nunca como ahora la sociedad fue tan nesciente de sus propios valores.

## Triste España

La expresión no es mía -que no quiero acrecentar las tribulaciones e inquietudes de este comienzo de milenio-, ni siquiera es de hoy, aunque hasta en las existencias más positivas se sientan alguna vez tentaciones de pronunciarla. Con ella se lamentaba hace quinientos años Juan del Encina por la muerte del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, cuya pérdida dejó sumido en terrible desconsuelo a todo el reino. ¿Qué habría sucedido en nuestro país si ese heredero hubiese llegado a reinar y, como era natural, se hubiese asegurado una descendencia con la hija del Rey de Romanos, Margarita? La imaginación se excita en vano. Creo que el pueblo no quiere medianías: prefiere la alegría desbordada o la tragedia. Así, se puede decir con el cronista anónimo que "dio su muerte el mayor dolor, pérdida, tribulación y desventura que jamás dio muerte de príncipe". Vázquez de Tapia, Guillén de Avila, el comendador Román, el bachiller de la Pradilla y Constantino Lascaris, entre otros, dejaron en versos su honda pesadumbre. Y a sus trabajos se unieron composiciones anónimas que fueron creando situaciones legendarias adobadas seguramente por la sucesión de desgracias que se abatió en poco tiempo sobre los reyes Isabel y Fernando: la prematura muerte de la niña que esperaban don Juan y doña Margarita a quien su padre antes de morir ya había convertido en "legitima e universal herede-

ra"; el fallecimiento, un año después, de la reina Isabel de Portugal, hermana de don Juan e hija de los monarcas católicos, al dar a luz al príncipe don Miguel, futuro rey de toda la Iberia; la desaparición por último a la tierna edad de dos años y medio de este niño a quien las Cortes habían jurado como príncipe de Castilla y León y al que correspondía la corona de Portugal por ser hijo legítimo de don Manuel...

Tanta desgracia acumulada, tanto destino adverso, movió probablemente a algún poeta a crear un romance que llevó a la imprenta con el cuidado de no revelar su propio nombre. Esa balada se ha conservado de boca en boca, de generación en generación, y aún se canta en tierras de España y Portugal con el lúgubre comienzo:

Tristes nuevas, tristes nuevas
que se corren por España:
La muerte del rey don Juan
que malito estaba en cama...

Cuenta el autor del romance la desesperación de los médicos por no poder aliviar la mala providencia del príncipe. Pesa veladamente sobre los versos la advertencia, de la cual se hace eco Pedro Mártir, que habían hecho los doctores y el propio rey para que el joven príncipe fuera más moderado en su vida sexual, pretensión que rechaza

firme la reina alegando: "No es conveniente que los hombres separen a quienes Dios unió con el vínculo conyugal".

El pueblo entiende que don Juan ha muerto de exceso de amor -amor humano, pero amor al fin- y le compadece por boca del poeta. También se apiada de la viuda a quien el heredero de la corona de España encomienda a su propio progenitor:

Padre, mire por mi esposa
que es niña y está ocupada;
de los dones que la di,
padre, no la quite nada,
tampoco el anillo de oro
que la di de enamorada...

Pese a estar rodeado de médicos, la leyenda pone en labios del doctor de la Parra (un médico judío -¿tal vez ya un chivo expiatorio?-) la horrible verdad:

Tres horas te doy de vida
dos para estar en la cama
y una para disponer
de las cosas de tu alma...

Finalmente, y como haciendo suceder en un solo acto acontecimientos distantes entre sí, la princesa malpa-

re y, antes de morir, augura a la criatura de sus entrañas un peregrino futuro:

Si te crías para el mundo
serás príncipe en España
y si no irás a gozar
de las bienaventuranzas.

La muerte sucesiva de todos los herederos conduciría a nuestra historia moderna por un itinerario insospechado. Por eso Juan del Encina, el soberbio poeta salmantino, se lamentaba así desconsoladamente:

Triste España sin ventura
todos te deben llorar.
Despoblada de alegría
para nunca en ti tornar...

**Los hijos del emperador Carlos en el valle del Bajoz**

El Padre Damián Yáñez Neira, recogiendo una leyenda antigua, afirma que el Monasterio de la Santa Espina se edificó sobre el palacio que la infanta doña Sancha tenía en el valle del Bajoz y que probablemente habría sido antes poblamiento romano. No sabemos si los casares infantis Domne Sanciae, es decir, la pequeña aldea

propiedad de la infanta, fueron anteriores o posteriores al Monasterio, pero ya aparecen documentados desde 1163 (en una Bula de Alejandro III, con el nombre de grangiam de casarelis) y cercanos al despoblado de Villafalfón. En 1210, Martín Románez y Ximena Ruiz donan Villafalfón, que estaba "junto a San Joan", según puede leerse en el folio 98 vto. del Tumbo de la Espina; en el folio 92 del mismo libro vuelve a decirse: "Villafalfon, que al presente llamamos de San Juan". En 1255 Alfonso X confirma en un documento que se halla en la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, que el término de San Juan de Casarejos pertenece al Monasterio, después de que Fernando III fallase veinte años antes a favor de los monjes un pleito que, sobre la propiedad de Casarejos, había iniciado el Concejo de Castromonte.

Perteneciendo, pues, al coto del Monasterio, el lugar se convirtió posteriormente en Priorato. En 1537 el Monasterio de la Espina ganó un pleito iniciado por el Consejo de Contaduría por haber expulsado los monjes a los diecisiete habitantes de Villafalfón y haber arrasado el lugar so protexto de que no constituían ayuntamiento y de que les causaban constantes problemas. Carlos V confirmó la sentencia favorable al Monasterio.Tal vez, en reconocimiento de esa confirmación, el Monasterio ordenó construir en ese lugar de Casarejos un pequeño palacete de recreo de estilo italiano en piedra de sillería y con una hermosa sola-

na, con la idea de que el rey lo utilizara para albergarse si venía a visitar la Espina o a cazar en sus montes.

En el Catastro del Marqués de la Ensenada aparece como "pago de la granja de San Juan" y con la vivienda de dos pisos (116 x 24 varas).No se sabe en qué documento se basa Antolín Gutiérrez para afirmar que San Juan de Casarejos se hallaba en el valle de la Noria. Sí sabemos que hubo seis molinos en el valle y que uno de ellos, llamado "del vestuario", se encontraba cerca de San Juan, en el despoblado de Villapiluete (cercano a la ermita de Santa Marta, ya en el término de San Cebrián de Mazote).

La cuestión que siempre me he planteado acerca de la primera reunión entre Felipe II y su hermano bastardo "Jeromín", es si parece adecuado que dos personas de la familia real se encuentren en medio del monte como parece sugerir el Padre Luis Coloma. El palacete de la granja de San Juan de Casarejos también llamado del Prior hubiese sido -tengo la intuición de que fue- el lugar apropiado para ese vis a vis en el que Felipe entrega el Toisón de Oro a su hermano y le ciñe la espada. ¿Es apropiado un monte bajo para un acto tan emotivo y solemne?

## Palomitas

A las cualidades que tradicionalmente se atribuían a la paloma -candor, espíritu pacífico, etc- yo tendría que

añadir varios matices, producto de la observación directa de sus costumbres a la que me he dedicado por obligación en los últimos tiempos. Me asusta particularmente su pertinacia enfermiza; no quisiera dudar de la veracidad de un libro sagrado, pero me parece que la Biblia nos transmitió una información parcial y de circunstancias acerca del relato del arca: después de casi doscientos días de forzosa convivencia, Noé no aguanta más zureos ni más palomina y expulsa a la paloma del paquebote. …sta, que no se da nunca por aludida cuando se la quiere ahuyentar del lugar en el que ha decidido anidar, sale y vuelve una y otra vez hasta que en el último viaje, cuando ya trae incluso una rama de olivo para construir el desmañado soporte para sus huevos, encuentra al patriarca atareado en el inmediato desembarco y, sin oposición, gana la batalla con su tozudez.

Otro aspecto con el que no estoy de acuerdo y que nos la presenta tradicionalmente como símbolo de la castidad, es el de la continencia. La paloma y el palomo trabajan en ese aspecto como si les fuese su vida o la de su especie en ello y, sobre todo, la actividad frenética y permanente del último me trae siempre a la memoria el chiste del novio insistente y la petaca del cura. Si esa pretendida candidez fuese medio cierta, no habría pasado a ser considerada la paloma en tiempos recientes como uno de los animales que más desordenada y rápidamente se

reproduce, llegando a comparársele incluso con la rata por las enfermedades que puede trasmitir, el daño que causan sus deyecciones en edificios monumentales y artísticos y la auténtica plaga en que puede llegar a convertirse para una humanidad confiada y convencida de sus bondades.

Los palomares, hoy reducidos a ruinas en su mayor parte, son todavía testigos del empeño del labrador de otros tiempos por no tener cerca a un ave tan sucia y tan lasciva, cuyos enfadosos arrullos están más cerca del borborigmo que del canto y tienen más de lagotería que de amor.

Por último, dudo de su pacifismo; no hay más que comprobar cómo molestan en bandadas organizadas a la pobre cigüeña tratando de evitar que prepare adecuadamente su hogar. Lo dicho, que nos convendría advertir a los ancianos y a los niños, habituales benefactores de la especie miga a miga, de las lindezas que se gastan sus especímenes, para poner al día de esa manera los símbolos y su significado.

## Con K de kilo

Desde los tiempos del maestro Gonzalo Correas (de cuya inspiración y esfuerzo salieron obras como el Arte de la lengua española castellana y la Ortografia kastellana) hasta hoy, las normas de la lengua española -espe-

cialmente a partir del momento en que la Real Academia asumiera la responsabilidad de velar por su pureza- se han encaminado a simplificar la ortografía y la fonética para el provecho de todos y la mejor comprensión entre los hablantes del lenguaje hispano. El mismo Correas, como fonetista radical y seguidor a su manera de las teorías de Nebrija, aunque se muestra intransigente con los idiomas extranjeros y sus nefastas influencias sobre el nuestro, utiliza la K tan frecuentemente, que en su Vocabulario de refranes y frases proverbiales incluye más de trescientos dichos que comienzan por esa consonante, no sin antes haber expuesto ampliamente en los dos tratados citados las razones de su peculiar y novedosa escritura.

Al día de hoy, y tras un congreso sobre etnología y folklore celebrado en Galicia hace unos años al que asistió un académico que se comprometió a elevar a la docta Institución la necesidad perentoria de cambiar la K por C en la palabra Folklore, los correctores de libros y periódicos de toda España han tomado como suya la -al parecer- imprescindible tarea reformadora. Al ser un vocablo de uso restringido y contenido equívoco, y no habiendo encontrado oposición ni protesta alguna (otra cosa hubiera sido la pretensión de poner con Q todos los kilómetros de los indicadores de carretera en Europa, por ejemplo), la tarea ha sido sencilla y bastante eficaz. La ventaja innegable de esta campaña es que cuando hoy día una persona

quiere consultar en Internet alguna referencia al tema, encuentra todo lo español en un brevísimo apartado (con lo cual el gasto de conexión es prácticamente una nonada), libre de extranjerismos y ostentando a las claras su pureza ortográfica.

## Los huevos

Hará aproximadamente medio siglo, la Editorial Hernando en su colección de Manuales utilísimos, publicó un texto de Fernando Alburquerque titulado El gallinero como mina de oro. La pretensión del autor no era otra que exaltar, aleccionar e informar al "lector amigo" acerca de las ventajas de criar gallinas, con frases como ésta: "¿No te enorgulleces, no te emocionas al pensar que tú también puedes hacer tu fortuna y vivir siempre entre las aves?" . Tan cándido y bucólico ideal debía de estar inspirado en el famoso relato de La gallina de los huevos de oro, aquella que con un solo ovario ponía cada día a sus propietarios el hermoso regalo dorado. El librito de Alburquerque no tiene desperdicio porque, además de recordar al mundo el carácter cíclico de la reproducción -problema de origen que había traído en jaque a más de un filósofo desocupado-, daba excelentes y prácticos consejos para convertir a todas las gallinas españolas (que él calificaba "del montón") en unas excelentes ponedoras de raza.

Nosotros, los de la Península, siempre hemos recurrido a los huevos, tanto en situaciones de hambruna nacional como para demostrar que teníamos razón. Por acercarme al tema utilizando un ejemplo elegante y cortesano, recordaré el caso del huevo de Colón, sucedido apócrifo que en fáciles rimas cantábamos los escolares de mi época:

Colón fue un hombre de un gran renombre
que descubrió un mundo nuevo
y además fue el primer hombre
que puso un huevo de pie.

El hecho, también atribuído a Bruneleschi y a Juanelo Turriano, y dicen que sucedido en Valladolid, venía a herir la susceptibilidad de nuestro más eximio descubridor, pues unos compatriotas, tentados sin duda por la envidia, daban a entender con sus palabras que la llegada a América había sido una nadería. Como única respuesta, Colón invitó a los detractores a poner de pie un huevo, cosa que intentaron infructuosamente; al ser requerido para que demostrara ante todos su habilidad, el bueno de don Cristóbal dio un golpe a la parte más ovalada del cascarón contra la mesa, con lo cual no sólo manchó el mueble de los incrédulos demostrando que por algo se le tachaba de marrano, sino que dejó patente que todo puede ser sencillo si se sabe descubrir el truco y ponerlo oportunamente en práctica.

Otro gran descubridor de nuestra época, Jesulín de Ubrique, al ser preguntado por el periodista Jose María Iñigo acerca del secreto de su toreo, contestó con sencillez: "Hay que tener muchos huevos", a lo que Iñigo, entre sorprendido y azorado, replicó titubeando: "Pero... ¿no basta con dos?" Los toreros, ya se sabe, son esos seres de la Creación autorizados por la naturaleza para tener -no diré tres, como Bartolomé de Colleone- sino varios huevos más de repuesto. Sus faenas, obvio es decirlo, además de entrar en la categoría del Arte son eminentemente peligrosas y posible causa de accidentes irreversibles, cosa que puso de relieve recientemente la cantante Marta Sánchez al desvelar que las corridas de su novio -torero por más señas- le ponían "los pelos de gallina"... Sin comentarios.

Si Alburquerque escribiera de nuevo su tratado para adaptarlo a las necesidades que impondrá nuestra definitiva equiparación con Europa, debería recoger y reflejar todos estos ejemplos aunque no fuera más que para demostrar que los españoles, de nuevo, entramos a formar parte del Continente a través del libro Guinness de los records.

## El reloj del abuelo

El ser humano mide su tiempo de vida con el reloj; recurre a él constantemente para dividir y ordenar su jor-

nada y con él se cita para el amor, el trabajo o el ocio. El reloj es un invento de adultos y sólo a ellos les compete: los niños y los locos prescinden de su poder y viven dentro de un tiempo infinito que no tiene divisiones y que no atrasa ni adelanta.

Desde hace años me acompaña el tic-tac de un reloj de péndulo que perteneció a mi abuelo Joaquín. A poco de su muerte, mi tía lo descolgó de la pared del comedor y lo condenó a un armario ropero de donde pude rescatarlo antes de que caja, maquinaria y sonería vinieran a pasar a otras manos, regalados o vendidos. El traslado, o mi inexperiencia al instalarlo, trastocaron el sonido de sus campanadas que, desde el momento en que cambiaron de emplazamiento, suenan destempladas y a veces asustan a los visitantes ocasionales que, según su grado de educación, se sienten obligados a comentar lo hermosas que son estas reliquias o lo impertinentes que pueden llegar a ser once o doce badajazos para un huésped cómodamente sentado con una copa de armagnac en la mano. En ambos casos se distienden cuando comento que el sonido arrebatado y fiero es patente mía y que el reloj funcionaba perfectamente en casa de mi abuelo, quien además se ocupaba personalmente de darle cuerda y de vigilar su puntualidad. Para él, que era original hasta en sus manías, los minutos que atrasaba o adelantaba la máquina quedaban atrapados dentro de la caja que debía ser abierta cada cierto tiempo

para limpiar su interior de las horas "perdidas". Con cuidado levantaba la pequeña chaveta que mantenía la puerta cerrada y ayudándose de un pincel no muy grueso daba buena cuenta de los minutos y segundos que se habían acumulado junto al polvo en los rincones de la urna. Al parecer sólo lo descolgó una vez, cierto día de Inocentes, para entregarlo a una vecina piadosa y corta de vista en sustitución de la capillita de San Antonio, de la que era tan devota, y que periódicamente hacía su recorrido estacional por todas las casas de la vecindad. El susto que se llevó la buena señora cuando oyó dar al paduano las primeras campanadas fue terrible pues debió de pensar que eran los tres golpes de San Nicolás, esa macabra advertencia con la que el de Bari advertía a sus fieles seguidores -la vecina también era de esa tropa- de que les había llegado la última hora.

Cuando recientemente llamé a mi tía para felicitarle por el año nuevo cometí el error de presumir acerca de lo bien cuidado que estaba el reloj del abuelo y lo orgulloso que yo me hallaba por haber convertido su tiempo en mi tradición. Con cierta sorna aunque pareciera que se caía de un nido, me contestó que el famoso reloj vino a parar a manos de su progenitor cuando después de la guerra civil fue a reclamar dos objetos de valor que habían desaparecido de su casa al ser requisada por la Falange para servir de albergue femenino: En vez del precioso

Redier parisino y del vetusto piano Erard le devolvieron un instrumento desafinado y sin marca y el reloj que ahora canta las horas tan inmoderadamente desde la pared del cuarto de estar de mi casa. Así se escribe la historia.

## El espejo

El espejo es una de las pocas cosas en este mundo que nos devuelve algo; no es el reintegro de un pago, ni el recuerdo de una imagen perdida, ni tan siquiera creo que sea una representación de la misma especie que la que nosotros distraídamente entregamos. El misterio no lo conoceremos nunca porque es como un eco de nuestra mirada que ha ido y regresado tras atravesar parajes incógnitos.

En el Libro de todas las visiones podemos leer la terrible historia de un sabio alquimista florentino que descubre un tipo maravilloso de azogue capaz de atrapar todos los ojos y dejarlos prisioneros en la luna. Cada nuevo observador que trata de examinar su propio rostro se ve atraído por cientos de globos oculares que le ofrecen visiones fantásticas pertenecientes a otras almas y otros semblantes caídos anteriormente en el hechizo. Fascinado por el poder de su invento, coloca el espejo a la puerta de su casa y deja que vayan posando en él la vista los más variados caminantes: mujeres hermosas de las que llega a

conocer sus recónditos secretos, asesinos y santos, sabios y necios, ricos y pobres graban su vida en ese instante y ese lugar, despreocupados y ajenos a la singular fascinación. El peso del cristal va creciendo de día en día y cada atardecer, al introducirlo de nuevo en el hogar, precisa de la ayuda de varios criados para transportarlo. Temeroso de un robo lo instala siempre en su estancia pero procurando enfrentarlo a la pared, pues las primeras noches que inadvertidamente lo deja colgado de las alcayatas originales, su sueño se transforma en una atroz pesadilla; los deseos, las pasiones, las ideas, las imágenes de tantas vidas se arremolinan en torno a su lecho llegando a levantarlo en vilo y haciéndolo girar sobre sí mismo con una fuerza infernal. Transtornado y despavorido decide finalmente destrozar su propia creación, pero cualquier intento de acercarse al vidrio con un objeto contundente le devuelve la imagen de mil miradas que le dejan paralizado. Recurre por último a un pintor amigo a quien embarazosamente descubre el secreto, obteniendo de él la promesa de que embadurnará con óleo la superficie del espejo perfilando sobre él la figura de un hermoso demonio de espaldas.

El anónimo autor del Libro de todas las visiones detiene su pluma en el instante preciso: el alquimista regala la misteriosa pintura a un noble español aficionado como él al ocultismo, quien lo traslada a su palacio de Toledo en cuya capilla lo instala y donde la curiosidad de un benefi-

ciado -a cuya casta mirada hería la visión del diablo desnudo- lo descubre, al pretender raspar la parte menos santa de Luzbel para pintar sobre ella una especie de paño de pureza. La contemplación súbita de tantos ojos en el trasero del demonio enajena por completo al capellán que, incontinenti, se apresta a redactar su obra póstuma (muere en extrañas circunstancias al escribir la palabra "finis"-algunos murmuran que aojado-), considerada herética por los dominicos y críptica por los jesuitas, titulada -y no sin razón- Res miraculi. El libelo (mejor sería llamarle opúsculo) duerme todavía hoy en los anaqueles de las pocas bibliotecas conventuales que se atrevieron a adquirirlo.

## La confesión de Lázaro

Yo, Lázaro, obispo de Marsella, a mis setenta y tres años de edad y treinta de magisterio, confieso mis pecados en la presencia de mi Señor Jesús, quien me regaló el auxilio de su gracia y devolvió el alma a mi cuerpo cuando la enfermedad quiso separarlos. Mis padres Siro y Eucaria me transmitieron el orgullo de pertenecer a una noble y antigua familia de Betania, lugar en donde nací y donde para mi honra y dicha llegué a conocer a mi Maestro y amigo. Jesús era recibido en casa como un familiar cada vez que viajaba por la región, y mi hermana Marta y yo le servíamos como sus más humildes y cariño-

sos pupilos. Hasta María, mi otra hermana que vivía en Magdelon, alcanzó pronto la gracia de su palabra en Cafarnaún, pese a sus primeros recelos.

Cuando fui enterrado después de mi primera muerte física, un milagro hizo que conservara la conciencia de todo lo que pasaba en torno a mí, aunque no pudiese manifestarlo. Así, esperé durante cuatro días en el sepulcro la llegada de mi Salvador y hasta escuché sus palabras cuando tuvo a bien venir a despertarme. Dando primero gracias al Padre por haberle escuchado, pedía que los allí presentes avivaran su fe en situaciones como aquélla. Después, alzando la voz me llamó para que saliese, cosa que hice avivado por un impulso desconocido y a pesar de las vendas y el sudario que envolvían completamente mi cuerpo.

Si se puede decir que morí, también puede decirse que nací a otra vida más alta, más virtuosa, de la que di ejemplo desde aquel instante. Después de que Roma mandara colgar de la cruz a mi Salvador, mi familia y yo nos trasladamos a Jope, a siete leguas de Jerusalén, tratando de escapar a la furia de los príncipes de los sacerdotes que habían provocado la crucifixión y tras aniquilar al Maestro querían dispersar a sus discípulos. De este modo fuimos arrojados a una nave sin pertrechos, sin velas ni timón, a la deriva y a la aventura, mas quiso la voluntad divina que llegáramos sin novedad al puerto de esta ciu-

dad, donde sus habitantes nos recibieron con la cortesía de quienes eran reconocidos en aquellos momentos como fuente de sabiduría y ejemplo de honradez para toda la Galia.

Convertí el templo de Diana en el templo de Nuestra Señora la Mayor, cuyo recuerdo me dio fuerzas para soportar el cautiverio y las torturas a las que me ha sometido el Prefecto de esta población por orden del emperador Vespasiano. Hace semanas despedazaron mi cuerpo con látigos cuyos extremos iban armados con puntas de hierro; cuando me devolvieron dolorido y exhausto a la prisión pensaron que eso bastaría para hacerme renegar de mi vida. Al responder negativamente de nuevo al Prefecto me ataron a una columna y me traspasaron con una nube de dardos, pero cada llaga, lejos de debilitarme, era una boca que proclamaba la gloria de mi Salvador. Ayer me aplicaron láminas de hierro hechas ascuas pero ya nada me hacía sentir dolor o temor. Sólo espero el instante, que creo llegará mañana, en que ofreceré mi cuello al verdugo para que separe mi cabeza del tronco.

Entonces habré nacido por tercera vez.

# Joaquín Díaz

## El asfalto y el halago